

HUGO E. RATIER

# El cabecita negra

Una reedición necesaria



  
EduLP

historia





**El cabecita negra**  
**Una reedición necesaria**





**El cabecita negra**  
**Una reedición necesaria**

**HUGO E. RATIER**



Ratier, Hugo Enrique

El cabecita negra: una reedición necesaria / Hugo Enrique Ratier. -  
1a ed. - La Plata: EDULP, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8475-67-7

1. Educación. I. Título.

CDD 306.432

## **EL CABECITA NEGRA** **Una reedición necesaria**

**HUGO E. RATIER**



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

EduLP integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8475-67-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2022 - EduLP

Impreso en Argentina

# Índice

<b>Hugo Ratier, o cómo reconocer a la antropología.....</b>	<b>9</b>
<b>Una reedición necesaria.....</b>	<b>21</b>
Introducción .....	31
Choque.....	35
El racismo argentino.....	38
Las sangres negadas .....	47
Nuevos obreros .....	52
Cabecitas en el poder.....	57
Reacciones.....	62
Integración .....	67
Caída y repliegue .....	100
Descubrimiento de la villa .....	106
Regionalismo y nacionalismo cabecita.....	109
Otra vez racismo.....	115
¿Seguimos discriminando? .....	120
Herencia cabecita .....	123
Referencias Bibliográficas.....	126



# HUGO RATIER, O CÓMO RECONOCER A LA ANTROPOLOGÍA

---

*Yo no sé bien qué es la antropología, pero  
cuando la veo pasar, la reconozco.*

Hugo Enrique Ratier

Escribo estas palabras a poco más de nueve meses de la muerte de Hugo Enrique Ratier, el 22 de septiembre de 2021. Su mujer, Adriana Stagnaro, y su hija, Laura Ratier, me han pedido que redactara algunas páginas para acompañar la esperada reedición de *El cabecita negra y Villeros y villas miseria*. Me toca, pues, hablar de la figura de Hugo cuando todavía ha pasado demasiado poco tiempo desde su partida, por más largo que nos parezca a quienes lo conocimos. En ese sentido, creo que todavía estamos transitando un umbral más propicio para los recordatorios y los homenajes que para los balances con pretensiones de ser ‘definitivos’ (que, por supuesto, jamás lo son realmente). Elijo, entonces, recuperar y ampliar las breves notas que publiqué en octubre pasado en el blog *Es Más Complejo*, no sólo porque sé que Adriana y Laura sintieron que representaban a Hugo con alguna fortuna, sino porque me parece que sigue siendo adecuado abordar su figura en forma de una serie de aproximaciones parciales. Por lo demás, el pequeño homenaje que intento en estas páginas está



presidido por la intuición de que hablar de Hugo *es* hablar de nuestra antropología social.

\* \* \*

Los colegas que han estudiado la historia de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires resaltan la importancia del *compromiso* como un ideal que era parte constitutiva de las aspiraciones de algunos estudiantes que, ya desde su primera cohorte, aspiraban a desarrollar una *antropología social*.<sup>1</sup> Ratier, que fue uno de esos primeros estudiantes de nuestra carrera y estuvo entre sus primeros egresados, supo dar cuerpo a ese compromiso de una manera que no sólo fue consistente, sino también particularmente rica en matices que no siempre abundan.

En medio de los días de tristeza que siguieron a su muerte, el colega Juan Pablo Matta –quien se formó en la carrera de antropología de la UNICEN, fundada por Ratier, con quien llegó a compartir tareas docentes–, evocó en las redes sociales la primera ponencia de éste, que presentó en el Primer Congreso del Área Araucana Argentina, en 1961. Copio el cierre de ese texto, que Matta transcribió destacando, precisamente, la forma conmovedora en que alegaba en favor de una antropología entendida como un servicio público:

Resumiendo, lo que los estudiantes de Ciencias Antropológicas pretendemos que se contemple en adelante en todo programa de ayuda al aborigen es:

---

1 Ver: Guber, R. (2009). El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976. *Avá*, 16, 11-31 ([http://www.ava.unam.edu.ar/images/16/pdf/ava16\\_guber.pdf](http://www.ava.unam.edu.ar/images/16/pdf/ava16_guber.pdf)); Guber, R. y Visacovsky, S. (1997-98). Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 22-23, 25-53 (<http://www.saanropologia.com.ar/wp-content/uploads/2015/01/Relaciones%2022%20-%2023/02.-%20Guber%20y%20Visacovsky%20ocr.pdf>).

1. Un estudio adecuado del grupo que sufrirá el cambio, teniendo en cuenta no sólo la experiencia extranjera, sino también la nacional.
2. Respeto y protección de los elementos conservables de la cultura indígena mediante la elaboración de proyectos que resulten de los estudios referidos.
3. Utilización de los servicios de personal idóneo con adecuada preparación universitaria en todo lo que se refiera al contacto con elementos indígenas, puesto que el país ya está en condiciones de proveerlo en número suficiente. De este modo, creemos, la Nación podrá recuperar la inversión que supone el sostenimiento de nuestra carrera y nosotros tendremos oportunidad de satisfacer así esa necesidad íntima que nos llevó a elegirla: la de ayudar con lo mejor de nosotros mismos a hacer conocer, respetar e incorporar a nuestra vida nacional los valiosos aportes culturales del auténtico Hombre Americano.<sup>2</sup>

El texto exhibe una ingenuidad que el propio Ratier advertía risueñamente: en un intercambio en una red social, la colega Diana Lenton contaba que, cuando en cierta ocasión le comentó que había leído su ponencia, él “se rio, le restó importancia, y dijo algo acerca de las locuras de la juventud”. Sin embargo, la propia Lenton —que sabe muy bien de lo que habla— agregaba que “esa intervención en nombre de los estudiantes... no fue poca cosa” sino, por el contrario, “un posicionamiento importante tanto para el enfoque que se estaba dando a los estudios sobre pueblos indígenas (de hecho, puede decirse que ese Congreso fue un corte en varios aspectos), como para esos primeros tiempos de la antropología social en el país.”

---

2 Ratier, H. (1963). “Los proyectos de ayuda al indígena frente a la creación de una Licenciatura en Ciencias Antropológicas”. Libro de Actas del Primer Congreso del Área Araucana Argentina de 1961, Tomo II. (En: [https://drive.google.com/file/d/1rtjZUARobcECbcpKxx4O7M4AknN0ExF/view?fbclid=IwAR3TIUjJM5IrnUy\\_F2k1N2BQrqqj1706vc1ob8jq4qpcmkARQa5JlMX\\_FBQ](https://drive.google.com/file/d/1rtjZUARobcECbcpKxx4O7M4AknN0ExF/view?fbclid=IwAR3TIUjJM5IrnUy_F2k1N2BQrqqj1706vc1ob8jq4qpcmkARQa5JlMX_FBQ)).

Poco después de escribir esas líneas, en 1963, Ratier fue parte de la “experiencia de Isla Maciel”, una iniciativa de extensión, formación e investigación coordinada por el Departamento de Extensión Universitaria de la UBA que se extendió entre 1956 y 1966. En ese contexto, junto con estudiantes de la orientación en folklore de la carrera de la UBA, investigó los procesos migratorios que alimentaban la villa de Isla Maciel, centrándose en los pobladores que provenían de Empedrado, Corrientes.<sup>3</sup> De esta experiencia —interrumpida por el golpe de estado de 1966— resultaron los dos libros tan breves como extraordinarios que publicó el Centro Editor de América Latina y que hoy reedita la Universidad Nacional de La Plata: *Villeros y villas miseria* y *El cabecita negra*. Dirigidos al público general, ambos libros podrían ser entendidos como correspondientes al campo de la antropología urbana pero, como bien observara Ricardo Abduca,<sup>4</sup> la exceden ampliamente, “porque enfocan un horizonte más amplio de vínculos de las culturas rurales traídas por los migrantes a la ciudad”, y “se insertan en una mirada más amplia (y crítica) en donde se pone el foco en la grieta mayor de la nacionalidad argentina: el perdurable soslayo, de racismo abierto o solapado, con que los descendientes de los barcos miran a los que migraron de tierra adentro”. Ya por entonces, la antropología comprometida de Ratier era, ante todo, una *antropología crítica* que iba bastante más allá de la inmediatez de los mundos sociales que abordaba.

Durante su exilio en Brasil, Ratier se volcó definitivamente hacia la antropología rural. El foco de sus trabajos estuvo siempre pues-

---

3 Pocos meses antes de su muerte, Ratier preparó un breve relato oral de esa experiencia a pedido de la Secretaría de Extensión Universitaria de FFyL-UBA. Ver: “Filo y la comunidad - Hugo Ratier, Isla Maciel 1956-1966” (En: <https://www.youtube.com/watch?v=OJyESwmjh6c>).

4 Abduca, R. (2018). “Prólogo. Hugo Ratier. La separación de lo exótico y la laboriosa construcción de la antropología argentina”. En: Ratier, H. E., *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos*. Tomo I (p. 12). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires. (En: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)).

to sobre la desigualdad, examinando sus fundamentos, procesos de producción/reproducción y efectos. Así, en una serie de etnografías punzantes, reveló cómo el sistema de enseñanza agrícola formaba técnicos a los que condenaba a la subordinación, mostró que la globalización y el cierre de los ramales ferroviarios condenaban a los poblados de la campaña bonaerense despoblándolos y liquidando su infraestructura, y puso en evidencia cómo las élites agroganaderas se apropiaban de la tradición y lo gauchesco para producir su propia hegemonía y distinción social. Pero también escribió sobre cómo los subalternos y explotados resistían esos procesos: así, mostró que los técnicos agrícolas competían con los ingenieros agrónomos por la ocupación de espacios profesionales, que los poblados bonaerenses se resistían a desaparecer apelando al asociativismo —esa ‘pequeña’ forma de política local— y al despliegue de reafirmaciones identitarias, que estas ‘estrategias regresivas’ suponían disputar por los sentidos de la tradición y lo gauchesco. Al releer estos textos —que me llamaron a gritos desde la tristeza de su partida— no pude sino apreciar que Ratier supo advertir algo que, al calor del compromiso, los analistas académicos no siempre notan: que esas formas de resistencia tienden a ser de corto alcance y que, muchas veces, completan círculos de retroalimentación de la desigualdad. En efecto, los técnicos agrícolas interiorizaban los supuestos hegemónicos transmitidos por el sistema de enseñanza, rechazando el trabajo manual y los saberes vinculados a su propio origen campesino, la política local y el asociativismo bonaerenses estaban atravesados por facciones que no pocas veces exhibían un corte clasista, y las élites rurales no sólo extendían exitosamente su hegemonía por el campo sino que llegaban a hacer de su espacio de socialización y distinción más visible —la Exposición Rural de Palermo— una tribuna desde la cual hablarle al país y al Gobierno sobre su propia centralidad. En este sentido, en la antropología crítica de Ratier había un enorme espacio para la empatía con los sujetos con que él se sentía comprometido, pero, al mismo tiempo, no había el menor lugar para la idealización ingenua

de esos sujetos y de sus prácticas que es tan frecuente en la antropología sociocultural actual.

Asimismo, en el curso de sus investigaciones sobre estos temas, Ratier rompió barreras que los antropólogos no solemos romper. Interesado por la importancia de las corporaciones rurales para los productores bonaerenses, se movió entre poblados tan pequeños como 16 de Julio, Recalde, Santa Luisa o Campodónico y la enormidad de la ciudad de Buenos Aires, entre el asociativismo local y la Sociedad Rural Argentina, entre los trabajadores y pobladores locales a quienes dedicaba su compromiso y las élites agroganaderas que los explotaban y discriminaban. No abundan los antropólogos que puedan cubrir semejantes trayectos sin perder la *distancia crítica* en ningún tramo del recorrido. Ratier no la perdía jamás: no sólo evitaba idealizar a los explotados y los pobres, sino que conseguía ser crítico para con los explotadores sin caricaturizarlos ni demonizarlos; apenas la ironía —que manejaba de una manera magistral— asoma cada tanto en sus textos para recordarnos de qué lado del mostrador estaba parado cuando escribía sobre temas como el del uso que hacían las élites de lo gauchesco. Los dos tomos de su *Antropología Rural Argentina*, que reúnen sus textos antes dispersos, no me dejan mentir.<sup>5</sup>

Resta mencionar la otra cara del compromiso de Ratier, que se advierte menos en sus escritos: los esfuerzos que dedicó al desarrollo de la antropología social en general y de la antropología rural en particular. En el primer sentido, como ya mencioné, fue uno de los creadores de la Licenciatura en Antropología de la UNICEN —una carrera con sede en Olavarría, es decir, en el medio de la campaña bonaerense— y, allá por los noventa, se puso sobre las espaldas al Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina para sacarlo de uno de sus tantos períodos de crisis. En el segundo,

---

5 Ver: Ratier, H. E., *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos, op. cit.*, Tomos I (en: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)) y II (en: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropolog%C3%ADa%20rural%20argentina%20Tomo%20II\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropolog%C3%ADa%20rural%20argentina%20Tomo%20II_interactivo_0.pdf)).

fundó y dedicó ingentes esfuerzos a sostener el Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR), desde el cual impulsó la realización de varios Congresos Argentinos y Latinoamericanos de Antropología Rural (CALAAR). Muchos colegas hemos participado en mayor o menor medida de esos esfuerzos, pero nadie ha hecho más que Ratier por la consolidación de la antropología rural en términos institucionales.<sup>6</sup> Ratier entendió muy claramente que también era necesario construir la antropología social comprometida *hacia adentro del campo académico*, forjando espacios institucionales y, desde luego, formando antropólogos capaces de desplegar una mirada crítica.

\* \* \*

Acaso lo más notable de las reacciones ante la muerte de Ratier haya sido la diversidad de formas en que sus colegas manifestamos haber experimentado su influencia *en cuanto antropólogo*. Quienes fueron sus alumnos recordaron sus clases como instancias decisivas de su formación. Los que tuvieron la oportunidad de trabajar con él dijeron haber aprendido a su lado partes substanciales de lo que han llegado a saber de la profesión. Otros colegas, que en muchos casos no llegaron siquiera a conocerlo, sintieron la necesidad de contar cómo sus escritos —en especial *Villeros y villas miseria* y *El cabecita negra*— marcaron para siempre sus modos de entender lo que significa hacer antropología (algunos llegaron a citar pasajes puntuales de sus escritos que los impresionaron particularmente). Varios colegas de distintas generaciones contaron que Ratier fue quien les hizo percibir por primera vez la “violencia” y los “conflictos” que escondía la “placidez” del medio rural (evoco y confundo aquí dos frases distintas pero muy semejantes cuyos autores se me escapan).

---

6 Hoy uno puede decir con alegría que el Colegio de Graduados ha sido puesto en pie por colegas de generaciones más jóvenes y transita el periodo más estable de su historia, y que un puñado de allegados a Ratier se han hecho cargo de conducir la ardua labor de reflotar al NADAR, largamente inactivo por obra de un contador poco recomendable.



Ocurre que, de una manera misteriosa, Ratier siempre estaba enseñando. Misteriosa, digo, porque no parecía realmente que estuviera enseñando. Más bien, Ratier *hacía* cosas, y esas cosas que él hacía resultaban instructivas para quienes éramos sus colegas o estábamos en vías de serlo.

Ratier daba clases, por ejemplo, en un tono llano, casi sin marcar distancia alguna respecto de sus estudiantes. En mi memoria, al menos, escucharlo en clase no era demasiado distinto de hacerlo en un panel, en el sentido de que parecía hablar para los alumnos igual que como lo hacía para los colegas. Muchos compañeros dan fe de la atención y el interés con que trataba a cada uno de sus alumnos, valorizando lo que cada uno tenía para aportar. No tuve la oportunidad de trabajar con él en docencia ni en investigación, pero, por lo cuentan quienes lo hicieron, la situación no debe haber sido demasiado distinta. Es significativo, además, que Ratier haya preferido contribuir a la formación de muchos jóvenes, especialmente llevando al campo a estudiantes de la licenciatura, antes que conformar un equipo de investigación más o menos estable. De esta forma, no consolidó un grupo que girara en torno suyo a largo plazo (aunque, claro está, algunos colegas trabajaron con él por lapsos prolongados), como nos pide el campo académico de cara a la construcción de nuestro propio capital simbólico. En cambio, y como resultado de esa especie de renunciamiento, un gran número de chicos y chicas de distintas generaciones hicieron sus primeras experiencias de campo al lado de Ratier, frecuentemente en grupos relativamente numerosos: no es casual, en este sentido, que muchas de sus etnografías sean producto de campañas de trabajo de campo colectivas, como es el caso de los dos libros que derivaron de la experiencia de Isla Maciel, así como de *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*,<sup>7</sup> y de su exquisita etnografía de la Exposición Rural de Palermo. También en la interacción con sus colegas en general (en las pausas del trabajo de oficina, en el desem-

---

7 Ratier, H. (2004). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires: NADAR – La Colmena.

peño de sus tareas en espacios institucionales como el del Colegio de Graduados, en cenas y otras ocasiones ‘sociales’), Ratier hacía cosas que, de alguna forma, nos enseñaban algo: contaba historias propias o ajenas, recordaba experiencias de campo, cantaba (¡y lo bien que lo hacía!), etc. Me atrevo a asegurar que todos los que tuvimos la suerte de tratarlo sabemos que, casi siempre, había allí algo que valía la pena capturar.

En cuanto a su escritura, era siempre clara, estaba libre de complicaciones innecesarias y de esos despliegues de erudición (real o fingida) a los que somos tan dados los profesionales académicos, y en muchas ocasiones estaba expresamente dirigida a un público general. Despojada de pretensiones academicistas, desinteresada de la producción de la distinción que tiende a ser parte inherente de nuestras prácticas laborales, bien puede decirse que la escritura de Ratier era la continuación natural de ese *hacer* al que me refería en el párrafo anterior y, a la vez, un correlato de su concepción de la antropología social como una práctica comprometida. Por eso mismo, creo, sus textos no sólo han podido *enseñar* sino también *marcar* a tantos jóvenes aspirantes a antropólogos.

Ahora bien, si Ratier enseñaba casi sin hacerse notar, como si fuera lo más natural del mundo, esto era posible porque los demás casi siempre estábamos predispuestos a prestarle atención. Porque, para muchos de sus colegas más jóvenes, era una leyenda, una especie de prócer: ¿cómo no íbamos a prestarle atención, si era uno de nuestros primeros antropólogos sociales, el tipo que había estado en Isla Maciel, el autor de *Villeros y villas miseria* y de *El cabecita negra*, una pieza clave de la reforma del (también legendario) plan de estudios de la carrera de la UBA concretada en 1973 y velozmente borrada de un plumazo...? Y, sin embargo, Ratier era una leyenda que no sabía que lo era, un prócer alérgico al bronce, alguien que acaso se daba cuenta de que había por allí un pedestal preparado para que se subiera, pero no tenía interés alguno en hacerlo. Desde luego, él sabía que se lo asociaba con momentos clave de nuestra historia. En el curso de un

homenaje que se le dedicó en una sesión de la Junta del Departamento de Ciencias Antropológicas de FFyL-UBA, el colega Juan Carlos Radovich recordaba que Ratier era consciente de que se lo veía como a un “testimonio histórico” y decía que era “inútil tratar de evadirse” de ese papel (los entrecorillados corresponden a palabras de Ratier en una entrevista citada por Radovich, creo que de 2014).<sup>8</sup> Me consta, también, que de esa manera irónica y un poco rezongona que le era tan característica, él disfrutaba de los reconocimientos que recibía. Pero era claro que no tenía su libido fijada en el reconocimiento, ya fuera bajo la forma de prestigio académico o de la presunción de protagonismo histórico. Así que, con toda naturalidad, Ratier hacía eso que hacía, y nosotros, que estábamos siempre atentos, aprendíamos sin mayores presiones y sin darnos demasiada cuenta.

\* \* \*

No caben dudas de que Ratier fue un extraordinario etnógrafo. Releyendo varios de sus textos que ya no tenía tan presentes, no he dejado de sorprenderme una y otra vez por la sensibilidad de su mirada etnográfica, la precisión y concisión de sus descripciones, la economía de sus argumentos, la discreta brillantez de su escritura. Tenía todo esto muy presente, sin embargo, porque —no me canso de decirlo— pienso que su etnografía de la exposición Rural de Palermo es la mejor pieza del género jamás escrita en el país.<sup>9</sup> Ni que decir que el lector interesado en la etnografía debería correr a leer este texto extraordinario.

No es este el momento para analizar en detalle el estilo de las etnografías de Ratier. Basta, en cambio, con señalar que conjuga la claridad y la distancia crítica ya mencionadas con una manera de apelar

---

8 Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=2ZeWGTpGIEg>.

9 Ratier, E. (2018 [1998-99]). “Cuadros de una exposición: la Rural y Palermo. Ruralidad, tradición y clase social en una más que centenaria exposición agrogranadera argentina. Una etnografía”. En: *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos*. Tomo I, *op. cit.* (pp. 201-286), ([http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)).

a la teoría que no es tan común en nuestro medio, pero está bastante más extendida en Brasil, donde él cursó estudios de posgrado y trabajó. Se trata de un estilo que es tan parco en cuanto a la exposición de la teoría como fértil en su empleo: uno que la incorpora como un recurso analítico y principio de organización textual que, sin embargo, tiende a permanecer tácito a menos que sea estrictamente necesario exhibirlo, caso en el cual nunca se lo hace a voces sino con una cuidada sobriedad. El resultado de esta manera de valerse de la teoría es que los textos etnográficos de Ratier parecen limitarse a describir cuando, en realidad, están desarrollando un análisis —no cualquier tipo de análisis, desde luego, sino uno centrado en las perspectivas nativas, atento a la diversidad y el detalle de los hechos sociales, contextualizado—. Ese análisis se despliega sutilmente mediante recursos como el ordenamiento de los temas abordados, una cuidada administración de los niveles de detalle con que se presentan las descripciones, las relaciones —a veces implícitas— que se trazan entre esos temas y detalles, un uso ponderado de los conceptos teóricos, y una capacidad notable para —acorde a la mirada siempre crítica que ya he mencionado— dar cuenta de las perspectivas nativas sin dejarse colonizar por ellas ni travestirlas para tornarlas en vehículos del punto de vista del etnógrafo. De esta forma, las etnografías de Ratier encarnan como pocas esa definición —tan repetida como poco comprendida— de *la etnografía como una forma de descripción analítica de una porción del mundo social*. Leerlas es una forma inmejorable de empezar a entender qué quiere decir esta frase hecha.

\* \* \*

Decía al comienzo que creo que hablar de Ratier es hablar de nuestra antropología social. Me refiero a que los escenarios que le tocó transitar (el de los primeros brotes de la especialidad en la UBA y del *compromiso* como su ideal constitutivo; el del exilio; el del definitivo establecimiento de la especialidad en la misma universidad; el de la creación de una de nuestras pocas carreras de antropología

en una pequeña ciudad del interior bonaerense; el de la construcción de una antropología rural; etc.) y la manera en que lo hizo (su forma de entender y practicar una antropología crítica sin concesiones; su condición de etnógrafo ejemplar; su desinterés por la conquista de alguna forma de preminencia en la academia; etc.), hacen que la suya sea una de esas figuras que, inevitablemente, atraen la atención de los especialistas en la historia de una disciplina. En ese sentido, no me caben dudas de que, más pronto que tarde, algunos colegas harán de Ratier, su trayectoria y sus productos (tanto los escritos y los institucionales como aquellos, menos tangibles, que toman la forma de huellas dejadas sobre los saberes de terceros), un *analizador* de la historia de la antropología social argentina contemporánea. Será entonces, también, cuando alguien intente escribir el balance dizque definitivo que hoy evito.

Desde hace algunas décadas, la antropología social vive tiempos de consensos débiles, dispersión temática, porosidad de los límites disciplinarios y retrainamientos defensivos. Como correlato de esos males, se han desarrollado marcadas tendencias hacia la exhibición compulsiva de diacríticos de la identidad disciplinaria y hacia el desarrollo de reflexiones más o menos torturadas sobre la naturaleza de la profesión. Ratier no era demasiado dado a hablar públicamente sobre estos temas ni a las performances identitarias —a menos que fueran irónicas—. En cambio, era un antropólogo social de cabo a rabo y, muy puntualmente, un etnógrafo en cuerpo y alma. Alguna vez, Ratier dijo —como reza el epígrafe de estas notas— que no sabía bien qué era la antropología, pero la reconocía cuando la veía pasar. Yo creo que, si alguna vez se hubiera cruzado con la antropología —en algún paraje bonaerense, digamos—, ella lo habría reconocido. Y el abrazo, claro, habría sido inevitable.

**Fernando Alberto Balbi**

*11 de julio de 2022*

## UNA REEDICIÓN NECESARIA

---

Durante muchos años, y hoy mismo, soy recordado a nivel académico y general por dos trabajos cuya primera aparición data de 1972: *Villeros y Villas Miseria* y *El cabecita negra*. Recibo inesperadas llamadas de periodistas, profesores, colegas y estudiantes en las que se me requiere para opinar sobre temas vinculados a esa problemática migratoria. Por cierto, encontrar ejemplares de esas primeras ediciones es hoy muy difícil. Tampoco es frecuente dar con las dos ediciones siguientes de *Villeros*, de 1976 y 1985; ni la de 1976 de *El Cabecita*. Cabe aclarar que tengo otras publicaciones, que mi interés se dirige actualmente a la antropología rural y mis últimos estudios se refieren a pequeñas poblaciones bonaerenses. No obstante, como me manifestara mi amigo y colega Miguel Murmis: “vos podrás trabajar en lo que sea, pero no importa. Siempre serás el antropólogo de las villas”.

Como tal me asumo, entonces, y reúno en este volumen los dos textos con algunos agregados contextualizantes y complementarios. En su preparación agradezco el invalorable aporte del colega Ricardo Abduca quien, en alguna medida, demostró conocer más de mi trayectoria y obra que yo mismo. Pero antes de entrar en materia estimo



necesario ubicarme en la época en que ambos libros aparecieron e indagar las posibles causas de su persistencia.

En 1966 surgió la dictadura de la llamada “Revolución Argentina” con su pretensión de eternidad. En la esfera universitaria sucedió, entre otras cosas, la “Noche de los Bastones Largos” y la reacción de docentes e investigadores que presentaron masivamente la renuncia a sus cargos, con la ilusión de que tal masividad revertiría la acción destructiva del Gobierno. Vana esperanza. En mi caso y en el de miles de colegas solo significó la expulsión del ámbito académico y la necesidad de ganarse la vida fuera de él. Hubo respuestas creativas, como la organización de centros de estudio multidisciplinarios e institutos de formación privados, que procuraban paliar el empobrecimiento en la formación de los graduados universitarios.

En mi caso, perdí el cargo docente en la Facultad de Filosofía y Letras, que había ganado por concurso; y mi puesto en el Departamento de Extensión Universitaria, dependiente del Rectorado de la UBA, en el cual me desempeñaba dentro del Centro para el Desarrollo de la Comunidad de Isla Maciel, ubicado en el Partido de Avellaneda en la provincia de Buenos Aires. Fue mi primer contacto con una villa miseria integrando un equipo excepcional de profesionales de varias especialidades que desarrollaban allí una notable labor en moldes participativos. Yo era el único antropólogo y había iniciado una investigación en la villa y en el lugar de origen de algunos de sus habitantes, para profundizar en el tema migratorio. Todo tuvo que abandonarse. Me refugié, para sobrevivir, en el empleo burocrático que tenía.

El avance dictatorial sobre la universidad tuvo otra consecuencia: el desmantelamiento de la revolucionaria editorial EUDEBA, en cuya organización había sido vital el genio de Boris Spivacow. Pero este editor, incansable, se volcó en otro proyecto, el Centro Editor de América Latina –ejemplar también– donde muchos de los expulsados de la universidad encontramos posibilidad de trabajo. Para mí, el Centro fue el ámbito donde pude seguir practicando la antropología.

Al mismo tiempo y en tanto avanzábamos hacia los 70, la militancia social y política se fue tornando necesaria. Para mi significó el retorno a las villas, claro que en un plano totalmente distinto a mi anterior aproximación profesional. Muchos de los datos que incluí en mis libros me fueron provistos por compañeros de militancia, cosa que, por supuesto, no dije en su momento.

Fue en el contexto del Centro Editor donde escribí los dos trabajos que ahora reedito. Cuando me pidieron “algo sobre villas” pensé en hacer una recopilación de otros aportes. Pero no encontré mucho, más bien expresiones literarias, cuentos y novelas sobre el tema. Entonces comprendí que estaba obligado a escribir algo yo.

Ahí tuve que decidir una orientación. Podía ser un enfoque académico, con plétora de citas bibliográficas, terminología especializada, cuadros estadísticos precisos, lenguaje erudito. Pero la colección que se me había asignado se llamaba *La Historia Popular/Vida y milagros de nuestro pueblo*. Eso suponía un público general e imponía la divulgación. Procuré escribir entonces para ese público y salir al encuentro de los prejuicios más frecuentes que éste solía sostener, con la esperanza de rebatirlos. Eso sí, utilicé datos basados científicamente. Nunca me aparté de ese rigor.

Integrarse a una colección como las del CEAL tenía innumerables ventajas. Por lo pronto, sus libros se vendían semanalmente en los kioscos. Los lectores de *La Historia Popular*, interesados en una temática tan vasta como la que va del conventillo, la revolución del 90, el fútbol, el peronismo, el gaucho, a la guerra del Paraguay hasta a la poesía lunfarda, por ejemplo; estaban atentos a los nuevos títulos. Y entre esos lectores hubo algunos excepcionales como Norberto D´Atri.

El 27 de enero de 1972, cuando yo aun no sabía que mi libro había aparecido y estaba a la venta, D´Atri publicó en *La Opinión* (por ese entonces era un diario absolutamente influyente entre nosotros) una nota titulada “Una lúcida investigación analiza el serio problema de las villas miseria”. Ante tal calificación, quise saber de qué se trataba, ya que entraba en *mi* tema. ¡Y era ni más ni menos que sobre mi libro!

Muy elogioso, casi imponía su compra a los lectores. Corrí a la esquina, lo pedí, y el kiosquero me dijo: “¿Usted también leyó *La Opinión*? ¡Se me está agotando!”

Di con D’Atri telefónicamente días después. Me contó que él no hacía crítica bibliográfica en el diario, pero que leyó *Villeros* y le llegó muy hondo. Tanto que pidió para hacer la nota, que incluimos más adelante. Considero que su intervención fue fundamental para el éxito del libro.

A pedido de amigos (en especial gente del interior) encaré otro tema, el del racismo argentino, y produje *El cabecita negra*. Por lo que he conversado, las preferencias de los lectores varían entre uno y otro libro. Para mi ambos se complementan y por eso ahora decidí tomarlos juntos.

Fue esa partida desde los kioscos lo que facilitó una amplia distribución de los libros y su utilización como herramientas tanto para información como para base de discusión política. Esa fue mi intención en el contexto de una dictadura reaccionaria que asumía la discriminación y el racismo como base de su acción antipopular: dar armas para rebatir el prejuicio. Así, se produjo el regreso de los textos a los espacios geográficos y sociales que les dieron origen.

Esa vuelta al entorno villero me trajo asimismo gratas sorpresas. Comprobé que los compañeros me habían leído, y que usaban mis argumentos en su oratoria. Pude comprobarlo al escucharlos. Un ejemplo fue lo que llamé “el mito de los monobloques” referido al supuesto mal uso de los departamentos nuevos por los villeros realojados. Como escritor y como científico, contribuir a esclarecer esas falacias fue mi mayor recompensa.

Pero, ¿cómo encarar esta reedición a casi 45 años de la aparición de los libros? Las villas han cambiado mucho, su población también, el país todo ha experimentado cambios notables. ¿Deberíamos entonces actualizar los datos, presentar un nuevo panorama que dé cuenta de lo que son las villas y sus habitantes hoy? ¿Dar cuenta de las nuevas generaciones de habitantes nacidos en las mismas villas y

no ya producto de la migración? ¿Analizar las organizaciones que en este momento los agrupan?

No lo creo. Ello significaría toda una nueva investigación para lo cual no contamos ni con tiempo ni con medios. Hay, por otra parte, una vasta literatura a la que se puede acudir para obtener un panorama más actual.

Déjenme asumir la condición de clásico que algunos me han otorgado. Podría atribuirle, quizás, a haber sido la mía, tal vez, la primera incursión desde las ciencias sociales en una temática que no solía encarar la antropología de la época. Hasta ese momento, el mundo villero había quedado limitado a expresiones literarias. Yo tuve que meterme en él y mostrarlo con elementos nuevos. Entré en él desde una perspectiva que calificué de *antropología urbana*<sup>1</sup>. Poco frecuente, era algo que no se enseñaba en la Facultad. Los antropólogos nos limitábamos a estudiar poblaciones indígenas y algunos campesinos (los *tradicionales*, que producían *folclore*). Fue mi inclinación hacia la problemática rural la que informo mi entrada como investigador en la villa. Yo veía en los villeros a gente del interior, como yo, y trataba de entender de qué forma procuraban incorporarse a la ciudad extraña (eso que a mí me había costado mucho, pese a pertenecer a otro estrato social). Los veía, también, enfrentando el prejuicio, el que los denigraba como *cabecitas negras*. Por eso estimé necesario acudir al lugar de origen, conocer su situación y desde allí apreciar cómo estas poblaciones provenientes del interior o de países limítrofes pugnaban por convertirse en ciudadanos.

Ese periplo no ha cambiado mucho y su conocimiento sigue siendo útil para entender la situación actual (tan útil como lo es siempre el dato histórico). Trasladarse a las grandes ciudades continúa siendo recurso principal para escapar a la explotación y a la falta de trabajo creciente en el interior. Los villeros siguen padeciendo discriminación y represión. Les siguen faltando viviendas y urbanización. Y

---

1 Ratier, H. 1967 : "Antropología urbana: una experiencia comparativa". *Etnia*, n° 5, p. 1-2.

siguen organizándose para resistir. El racismo argentino aún opera y los encasilla como *cabecitas negras* o, simplemente, como *negros*.

Bueno sería que los temas abordados en estos dos trabajos tuvieran interés apenas como testimonios felizmente superados, casi de carácter arqueológico. Sin embargo creemos que, en su eventual valor como clásicos (ahora unificados en un volumen), se justifica por la permanencia de problemas que pueden encontrar en él datos y argumentos útiles para la incesante lucha en busca de la mejora de las condiciones de vida populares. Así sea.

**Hugo Ratier**

*octubre de 2016<sup>2</sup>*

---

2 Hugo E. Ratier había preparado este escrito para una reedición anterior que no llegó a materializarse. Antes de que se llevara a cabo una actualización de la reedición, el autor falleció. Por ello se tomó la decisión de respetar las palabras escritas anteriormente.

El drama de los argentinos segregados

# Una lúcida investigación analiza el serio problema de las villas miseria

Escribe Norberto D'Atri

*Villeros y Villas Miseria*, por Hugo E. Ratier. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 113 páginas.

Si usted es porteño y vive en un barrio "decente", vaya hasta la esquina y en el puesto de diarios, entre las revistas deportivas, las semipornográficas y el horóscopo semanal, encontrará un libro- **Villeros y Villas Miseria**-; cómprelo y léalo: deberá, luego de hacerlo, encontrar una válvula de escape para expresar su indignación.

Esta introducción, menos ortodoxa que la de una crónica bibliográfica, tiene su razón de ser: el libro de Hugo E. Ratier es algo fuera de lo co-

mún. Al tomar contacto con él, supusimos que se trataba de una de las clásicas monografías de licenciados en sociología o sobre "poblaciones marginales", "índices de urbanismo", "cuestionamientos al sistema" enrolladas, según los casos, en el "cientificismo" conformista o el panfleto insurreccional.

Nada de eso. El autor utiliza con idoneidad datos e información sociológica y antropológica, ubicándolos con su preciso conocimiento de nuestra historia política y una clara comprensión del proceso económico y social argentino. Además, es un trabajo bellamente escrito, en un idioma "argenti-

no" fluido, ágil y con la contundencia del "cross a la mandíbula" que Arlt pedía para nuestra literatura. En apenas 110 páginas - cuando podría haber utilizado muchas más- Ratier supo condensar el mejor resumen sobre origen, causas y efectos de la creación y existencia de las "villas miseria" que se haya publicado hasta el presente.

♦ "No somos parias"

En la primera página hay un poema. Cuidado: no los versos de un intelectual que hace "protesta" sobre la "villa"; es la poesía de un "villero". Dice: **Atención, porteño| a esta Villa Miseria: cementerio de sueños de cabecitas negras...**



**Pero entiende antes: NO SOMOS PARIAS| somos inmigrantes en nuestra propia Patria.** Esta última estrofa resume el tema central del libro: la inmigración interna que produce la “villa”. Un fenómeno argentino con las similitudes y concomitancias de los **cantegriles** uruguayos, las **callampas** chilenas, las **favelas** brasileñas, las **barriadas** limeñas, los **ranchos** venezolanos, los **bidonvilles** norteamericanos.

En este trabajo, el investigador – utilizando una metodología diferente de la de los trabajos de inspiración **ginogermanista** o **ditellianos**– no traza gráficos ni busca coeficientes matemáticos que porcentúen “índices”. No “marca casilleros”. Habla con la gente, la escucha. Más que “observarla”, la “ve”, la “siente” y demuestra que el origen del éxodo siempre está vinculado al problema de la tenencia de la tierra.

#### ♦ Los porqué

Entonces, tras la presencia de los bolivianos en las villas, está la denuncia de la oligarquía latifundista noroesteña y el drama social y geopolítico del Altiplano. En la de los jujeños, la trampa mineral de “Mina Aguilar” (National Lead) “que, desde hace años cumple con la función de **no extraer** nuestros minerales”. Y en la de los chaco-santafecinos subyace la culpa de “La Forestal”, “dedicada justamente a deforestarnos”.

Tras la desnutrición y subalimentación, común a la población provinciana que llega a las “villas”, aparece la denuncia de la sociedad de consumo penetrando en la economía tradicional, reemplazando la carne y la leche, ahora imposibles de conseguir y pagar, por los fideos baratos y atractivamente envasados, pero carentes de proteínas.

También en el análisis político del proble-

ma, **Villeros y Villas Miseria** alcanza un grado de lucidez llamativa e infrecuente. Exime de culpas al gobierno peronista por la subsistencia de las “villas” (apoyándose, aquí sí, en datos y estadísticas) y muestra la falsedad de una mitología que atribuye el origen de las villas a “causas fundamentalmente políticas de un problema creado por la tiranía”. Falacia editorializada por la “prensa seria”.

Ratier demuestra cómo “los negros” formaron, efectivamente, “villas” durante la época de Perón (producto de un déficit habitacional y no de una intencionalidad segregacionista) pero para integrar una mano de obra industrial que los absorbía, les pagaba salarios puntualmente (en moneda, no en “vales”, como antes y ahora en el interior del país), les otorgaba protección gremial y servicios asistenciales gratuitos mientras realizaba la acelerada

construcción de monobloques urbanos (hecho real, verificable, tangible), modestos pero funcionales e higiénicos. El ritmo de crecimiento de estas construcciones hubiera eliminado -en gran parte- las “villas” si no hubiera sido frenado en las postrimerías del régimen peronista gracias a una leyenda que difundió la clase media antiperonista – y aceptaron las capas medias y un sector de la burocracia peronista- que podría resumirse así: “Cuando los villeros tomaron posesión de sus flamantes departamentos, lo primero que hicieron fue levantar el parquet de los pisos para hacer fuego y preparar asados... (y) sembraron plantas e las bañaderas”.

Un grupo de profesionales y estudiantes universitarios que integraba el autor de este libro, realizó una exhaustiva investigación sobre el hecho en todos los monobloques de la época para

ubicar y cuantificar casos concretos. La respuesta que encontraron fue, invariablemente, ésta: “Bueno, no sé bien cuándo ni dónde, pero es cierto. Todo el mundo lo sabe”. No se pudo detectar un solo caso. La “villa”, por otra parte, ha dado su respuesta política: es peronista, integral, tozuda y heroicamente (sic). La “gente decente” tampoco puede perdonarle esto.

#### ♦ La cuña americana

Después de 1955, toda la política oficial respecto de las “villas” (pobladas por 80 mil habitantes en 1955 y por 800 mil en 1970) se redujo al tacho de kerosene y el fósforo alevosamente arrimado. Hasta llegar a Onganía, uno de cuyos “proyectos” consistió en un plan de “erradicación” que establecía residencias “transitorias” para “reducción”. Lo que resultó de este plan también está narrado en el trabajo de Ratier. Como

el alucinante periplo de los que vienen de lugares donde no hay qué comer, ni dónde trabajar, ni cómo aprender. Y van a una ciudad que no quiere darles de comer, ni los deja trabajar, ni los quiere educar. Que les escupe en el rostro su rechazo, no conformándose con la segregación infamante del ghetto telúrico, americano, que -en definitiva- es la villa. Dejándoles para sobrevivir el camino del delito. Sin embargo, los índices de delincuencia y prostitución son mínimos, si se tiene en cuenta la motivación ambiental.

En resumen: el establishment y sus amos imperiales no los dejan vivir allá y tampoco los quieren acá. Y esto que se hace contra las últimas reservas de la nacionalidad tiene un nombre: **genocidio**. Y un trasfondo histórico: el “proyecto liberal” surgido después de Caseros, que consideró “bárbaro” a todo lo americano.



## Introducción

¿Es que antes no había? ¿Por qué el mote infamante adquiere popularidad en la década del 40? ¿Por qué se sigue sintiendo como infamante, y no se asume como calificativo orgulloso, como ocurrió con “descamisado”?

Antes había, sí. Los hubo desde siempre. Cuando Mendoza y Garray tomaron contacto con los querandíes, cuando los pampas llegaban a la ciudad para cambiar sus plumas de avestruz por los nuevos “vicios” que les enseñó a apreciar el hombre blanco. La caricaturística porteña los recoge en el tipo del “chino” o del “tape”: lengue y chambergo de compadrito, ojos aindiados, bigote corto, cayendo sobre la comisura de los labios. Siempre hubo nombres para separar la supuesta pureza de sangre del hidalgo español –aunque fuera “cristiano nuevo” o medio moro– frente a los mancebos de la tierra, los mestizos generados por los hombres de armadura en la gente morena vencida.

El inmigrante recoge esa herencia, e identifica los caracteres mongoloides del indígena americano con los rasgos de los chinos. Pero al acampar en las playas porteñas, al amansarse el aluvión sobre el río más ancho del mundo, hace una ciudad nueva, edifica una cultura inédita en el país que hasta entonces cocinaba los mismos ingredientes que el resto del continente para conformar su tipo humano.

Ya hablamos alguna vez del plan inmigratorio puesto en marcha en la República después de Caseros, de los presupuestos racistas que lo orientaban, del plan de reemplazar la población existente por “otra de mejor calidad” (Ratier, 1970). Junto a las medidas concretas de atracción migratoria ultramarina, se va insuflando desde la misma escuela en los argentinos el orgullo de lo que podríamos llamar “blanquitud”. El indio es convertido en un episodio histórico “felizmente superado”, relegado a las primeras lecciones de la historia cuyo atraso informativo asombra. Agricultores como los guaraníes se pre-

sentan aun como “cazadores y pescadores”. Reaparece allí la indiada con las campañas del desierto, luego de las cuales –se supone– no queda ninguno. Llega entonces el hombre de Europa empuñando su arado, y alcanzamos por fin un grado adecuado de “civilización”. El libro de lectura muestra al niño, trigales ondulantes, gordísimas vacas y, como coronación, un cuerno de la abundancia mediante el cual la república agroexportadora provee pan a todos los hambrientos del mundo.

Creemos el cuento. Para quien mira el Buenos Aires de entreguerras hay casi una prueba objetiva de su exactitud. Nos enorgullecemos de la cantidad de rubios que hay en ella. Mozos y sirvientas gallegas, verduleros, pescadores, guardas y *motorman* de tranvía italianos, prostitutas francesas, lecheros vascos, comerciantes judíos, cerveceros alemanes conforman un “crisol de razas” que nos confiere un rostro único en Latinoamérica.

No sucede lo mismo más lejos. En el Noroeste, en el Nordeste asoma todavía –poco publicitada– la temida “pluma” del indio que los libros de historia enterraban en su capítulo primero. Algunos persisten en el Chaco, en la roja Misiones, impudicamente semidesnudos, usando aún el arco y la flecha, empuñando a veces el machete para voltear caña en los cañaverales azucareros. Muchos calchaquíes visiten ya la armadura cueruda del gaucho fronterizo. Otros el mameluco del obrero, o aun el saco y la corbata del gobernador o el diputado provincial.

Es por eso que allí el problema del “cabecita negra”, el significado social del epíteto, no tiene la relevancia que adquiere en la ciudad-puerto. Hacia 1953 recordamos un diálogo en la estación de Salta cuando, noche cerrada, hacíamos cola para encontrar pasajes. Nuestro interlocutor nos preguntaba de Buenos Aires. “Dicen que allá nos llaman cabecitas negras, ¿no?”. Intentamos tranquilizarlo (compartíamos el prejuicio). “No, así les dicen a los coyas nomás, ¿entendés?”. El muchacho insistió. “No, si coya nos dicen a todos los

salteños”. No nos animamos a insistir. Al alba, el sol fue develando la incógnita: el rostro de nuestro compañero de cola era de puro tipo andino, esa cepa racial que desde México a Chile fue responsable de las más altas culturas precolombinas.

En las zonas donde la inmigración fue escasa, nadie se atreve a tirar la primera piedra en cuanto a pureza de sangre. Sabido es que los conquistadores españoles, al no tener mujeres, contrajeron matrimonio con las doncellas indígenas. Así, en la base de las “familias tradicionales”, que en un país nuevo son simplemente las más antiguas, es difícil no encontrar la temida pluma. Solo el Litoral, y en especial la capital de la república, puede jactarse de su “europeidad”, aunque esta no sobrepase unas pocas generaciones.

Pero, ¡cuidado!, la Argentina no es un país racista. En la cartilla ideológica que se imparte en todas las escuelas de la República, se remarca este principio. Brazos abiertos para todos los hombres del mundo. Bienvenidos sean el español, el italiano, el eslavo. Hasta el japonés, que con sus transistores supo ganarse nuestro respeto. Un poco menos bienvenido el inglés o el alemán, porque suelen enclaustrarse en sus colonias y vivir aislados del país. ¿Y los judíos? Bueno, allí el antirracismo argentino vacila un poco. Lo de los hornos de gas estuvo mal, es claro, pero también los judíos son muy comerciantes, se dice.

Nos indignamos con las atrocidades de Hitler y la discriminación anti-negra norteamericana. “En nuestro país no pasaría eso”, afirmamos indignados. Sólo que de pronto la ideología debe confrontarse con la práctica, y allí aparecen las contradicciones. Parecería que entre esos “todos los hombres del mundo” del preámbulo constitucional, no hay un lugar marcado para Latinoamérica, incluyendo a nuestro propio país.



## Choque

Venían llegando desde 1930, cada vez más masivamente. En la década del 40 fueron legión, y amenazaban con cambiarle el rostro a Buenos Aires, tal como los inmigrantes ultramarinos lo hicieron a principios de siglo. La clase media los vio avanzar, estupefacta. Un joven estudiante secundario nos comentaba entonces, con sinceridad inhabitual, cuando criticábamos a los norteamericanos y su racismo: “Sí, hablamos mucho porque no estamos allá. Pero bien que te debe hinchar eso de que los negros se metan en todas partes. ¡Miré lo que pasa aquí con los cabecitas!”

Pronto el mercado de consumo se adecuó a esa masa compradora cuyo poder adquisitivo crecía, y en torno a Plaza Italia y el Jardín Zoológico sentaron sus reales bailongos famosos, como el Parque Norte o la Enramada. “Creíamos que había muchas tribus extinguidas –ironizaba un semanario cómico de la época– pero una visita a Plaza Italia nos hizo cambiar de idea”. Sirvientas y conscriptos formaban la masa principal de quienes intentaban adaptarse a la nueva vida, y reproducían en la vieja plaza, bajo los cascós del caballo de Garibaldi, la “vuelta al perro” de provincias.

Además, eran una masa triunfadora. Ellos engrosaron las columnas obreras del 17 de octubre de 1945, hicieron posibles las elecciones del 24 de febrero de 1946 y superaron con votos a toda la coalición opositora que salió a disputarle al peronismo el lugar recién ganado en el favor popular. Allí estaba el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasi racista de porteños y provincianos: ser “negro” era ser peronista, y viceversa. Y los “negros” pisaban fuerte. La reacción porteña inventó nombres: “raviol de fonda”, cuadrados y sin seso; “Jeeps”, porque eran cuadrados y los mandaba el Gobierno (en esa época que el Gobierno importaba y distribuía esos vehículos, reza de guerra) y muchos más. Pero el que ganó el favor popular,



el que chicoteaba como insulto previo a la pelea, era el de “cabecita negra”. El rechazo asumía a veces el tono de una “guerra de color”: peleas callejeras donde un grupo de “blancos” se unía para castigar a un “cabecita”. para no dejarse “llevar por delante”. Altercados violentos con la gente del interior que recién se iniciaba en puestos tales como guardas de tranvía o mozos de café.

Porque el migrante interno no trepaba a los codiciados cargos típicos de la clase media. Su avanzada fueron las mucamas, las sirvientas que muchos patrones “importaban” desde sus estancias. La industrialización los ubicó luego en las fábricas naciescentes. Allí podían ganar más que un empleado, pero no gozaban del prestigio que la ciudad otorgaba a estos. No olvidemos las invocaciones a la “cultura” de quienes enfrentaron al peronismo. Y esa cultura no se concebía sin un saco y una corbata, sin una tarea donde no se ajaran las manos, donde no se cansara el cuerpo por el esfuerzo físico. El vuelco hacia una mentalidad nacional que valorice la labor industrial es un proceso que todavía se está dando.

Los que no pudieron o no quisieron incorporarse al proletariado fabril ocuparon puestos en los llamados servicios; mozos, porteros, transportistas. Las menos afortunadas muchachas santiagueñas o correntinas reemplazaron en la profesión más vieja del mundo a las *cocottes* francesas. El porteño comenzó a desencontrar los rostros familiares a todos esos puestos. Las “Ramonas” o “Cándidas gallegas” ya fueron personajes del pasado.

Y esa gente llegó con una tradición de lucha nuevecita. No sintiéndose tal vez herederos de los mártires de los mataderos de Chicago o los obreros de Petrogrado, sino simplemente protagonistas de la despreciada gesta del octubre porteño, autores del rescate de un líder, ganadores de una elección. Desde el poder el peronismo inició su política social, institucionalizó el sindicato. El delegado de fábrica deja de ser clandestino y se convierte en un personaje temible para los patrones. Comienzan los llamados “abusos” de estos obreros de ahora, “llenos de leyes”, que “ya no son como los obreros de antes”.

El cabecita se integra entonces a la gran ciudad como factor de poder, ganador victorioso de una batalla que hasta le permite mirar con sorna a los derrotados. Cuando está en grupo se siente fuerte y confiado. No es la minoría de color que acude a recibir las migajas de la gran ciudad donde residen los colonos. No “guarda su lugar” como los negros del sur de Estados Unidos o los de Sudáfrica.

En cierto sector de la burguesía, esto se traduce en un intenso odio de clases. Los que dicen pertenecer a “partidos obreros”, ya sin bases, no pueden darse ese lujo. Muchos muerden furiosos un racismo no confesado. Otros se niegan a dar el título de obreros a este proletariado que no entienden

Lo cierto es que en el choque entre porteños y “cabecitas”, en la ciudad aparece tímido y vergonzante, el racismo argentino, un viejo fantasma que siempre nos acompañó.

## El racismo argentino

En 1970 nuestra Dirección Nacional de Turismo editó un folleto en inglés para presentar a los interesados de lejanas tierras este fascinante país. En el capítulo destinado a *Población* se decía más o menos lo siguiente: en la Argentina no hay negros, pues los que se trajeron en la época de la esclavitud ya desaparecieron. Tampoco hay indios, derrotados en la larga lucha contra el blanco, no quedan más. Lo que resta de nosotros, pues, son los criollos, descendientes directos de la más pura cepa española, a los que se agregó la poderosa inmigración europea posterior, resultando un país europeísimo sin manchas de sangres extrañas, donde no existe conflicto alguno.

Se pensaba en editar un folleto más frondoso, y fuimos llamados a colaborar en él. Un funcionario de la DNT nos explicó entonces el interés gubernamental en disipar un concepto erróneo sobre nuestro país, que lo asimila a otros de Latinoamérica. Terminar con el asombro gringo cuando ven un argentino blanco y rubio, demostrarles que todos somos así, “que no llevamos plumas”. Máxime, prosiguió el promotor turístico, cuando se procura hacer derivar hacia el país una poderosa corriente de viajeros sudafricanos, algunos de los cuales habían llegado ya en barcos. La aerolínea oficial de ese país proyectaba en ese momento extender sus vuelos a Buenos Aires. Redactamos nuestra parte del folleto, indicando que los conquistadores no eran tan prejuiciados como para mantenerse al margen de los atractivos de las indígenas durante tres siglos, solo para esperar la llegada de nuevos inmigrantes blancos que permitieran a las autoridades “vender” nuestra imagen europea. Nunca se nos dijo si nuestra versión fue aprobada o rechazada, ni volvimos a ver al funcionario.

Esa es una forma bastante típica de nuestro racismo, en este caso, confesado. Es más un racismo por omisión que por afirmación. No se dice que las “razas” europeas sean las mejores, pero se lo piensa.

Se escamotea la realidad ocultando al extranjero todo un Noroeste mestizo, birlándole los 35.000 araucanos del Neuquén, extirpándole al país sus raíces más hondas para mostrarlo como una suerte de trasplante híbrido de semillas foráneas, que se parece a todo menos a sí mismo. Ni siquiera se tiene la visión comercial de “vender” lo que pueda aparecer como pintoresco para hombres de otras tierras. Se le pintan paisajes sin gente, o con gentes iguales a las que ven todos los días en sus propios países. Basta examinar los afiches, o ver los cortos publicitarios promocionales: bellísimos panoramas en colores con hoteles modernos vida nocturna, casinos, golf, yachting, buenos vinos y comidas sabrosísimas de la “cocina internacional”. A veces algún ballet “folklórico” con gringos vestidos de coyas, estilizando un carnavalito, da la “nota típica”.

Aunque se lo oculte, el racismo forma parte principal del bagaje ideológico con que se organizó el país después de Caseros. El momento histórico era propicio: el positivismo europeo mostraba los caminos científicos para asegurar el progreso, y las diferencias entre razas superiores e inferiores aparecían como científicamente demostradas.

¿Fue casual que se llegara a esa convicción? ¿Fue un producto natural del avance del conocimiento? Por cierto que no. La historia de la ciencia no puede separarse de la historia en general, y sus logros sólo pueden entenderse en relación con los intereses que determinadas teorías representan (V. Menéndez, 1968, pp. 06-19). Los antiguos distinguían diferencias entre los hombres, pero estas se referían a sus maneras de actuar, a su forma de vida, a lo que los científicos sociales llaman hoy cultura. No postulaban que esas maneras de comportarse derivaban de caracteres físicos. La unidad fundamental de la humanidad era entendida perfectamente por las grandes religiones universalistas, como el cristianismo y el islamismo, que procuraban ganar prosélitos entre gente de cualquier latitud y con cualquier aspecto físico. Recién cuando la Europa cristiana se lanza a la conquista del

mundo, estos conceptos comienzan a cambiar. El auge de la esclavitud, en particular en África, da al racismo su espaldarazo definitivo.

La esclavitud no respetaba razas. Esclavos de todos los colores trabajaban en los antiguos imperios, incluyendo a integrantes del mismo pueblo que los esclavizaba. La institución en Europa decae ante la influencia igualitaria del cristianismo, pero es revivida cuando el imperialismo ocupa nuevos territorios.

La necesidad de mano de obra choca entonces con los presupuestos ideológicos de las naciones cristianas. Con nuestros indios se intenta un procedimiento que permitiera reducirlos a servidumbre: negarles la condición de seres humanos, pues de este modo no haría falta guardar muchas contemplaciones hacia su alma inmortal, puesto que no la tendrían. Una bula papal rechaza la tesis, y la esclavitud se disfraza de encomienda. El encomendero no es un amo, sino una suerte de padre bondadoso que enseña a trabajar a los hombres que se le confían y de paso los adoctrina en la nueva fe. Eso, por supuesto, en la teoría.

Respecto al negro, se recurre a las viejas teorías justificadoras de la esclavitud: el “justo cautiverio”. El vencedor de una guerra tiene derecho a matar al vencido, pero puede optar por dedicar esa vida que le pertenece a su propio servicio. Otro tanto sucede con los condenados a muerte por cometer delitos. El cristianismo acepta la esclavitud si se basa en esos principios, y es así como la trata fomenta como nunca las guerras en África, y hace florecer ahí un enorme número de nuevos delitos punibles con la pena capital. Reyes y negreros forman sociedades para que no les falte nunca mercadería

Hay sacerdotes sinceramente preocupados por los abusos que se cometen, como el padre Sandoval y San Pedro Clavet en el Caribe y, en teoría, el esclavo negro puede discutir ante los tribunales la justicia o injusticia de su cautiverio, si bien es casi imposible que gane.

Como se ve, el problema se debate sobre bases jurídicas, nunca biológicas. El negro no es esclavo por el color de su piel, sino por haber caído en determinada situación legal.

Pero la ciencia avanza, y pronto sus descubrimientos van a su-plantar, como base de los actos humanos, a los preceptos religiosos o las normas jurídicas. El dominio de una minoría blanca sobre una mayoría de color requiere justificativos más convincentes. La ciencia ha de quebrar el concepto de igualdad de todos los seres humanos, buscando en elementos concretos: color de la piel, forma de la cabeza, tamaño del cerebro o aun de las orejas, la razón por la cual la humanidad se divide en explotados y explotadores.

Es un proceso que se inicia en el siglo XVIII y se agudiza en el XIX, cuando los antropólogos norteamericanos defienden con artificios científicos la posición de quienes querían mantener vigente la esclavitud de los negros en su país.

No se trata solamente de los llamados “pueblos primitivos”. Se inventan procedimientos para “demostrar” la inferioridad racial de hindúes o árabes. Los ingleses “demuestran” también su superioridad sobre los franceses, y viceversa, y aun la de las clases dominantes dentro de un país, sobre los asalariados. Ni qué decir que los norteamericanos acuden a los mismos presupuestos científicos para justificar su “superioridad” sobre Latinoamérica.

La molesta relación igualitaria que predicaba el cristianismo puede soslayarse ante la “evidencia científica”. Países puritanos como Estados Unidos y Sudáfrica readaptan su religión atribuyendo al cristiano blanco un papel paternal respecto a su correligionario de color. La esclavitud es casi un deber para quien actúa como amo. Ya no es necesario negar el bautismo a los esclavos, como hacían los colonizadores holandeses. Es la naturaleza la que ha creado amos y esclavos, y oponerse a ella es como oponerse a Dios, su creador.

Ni qué decir que esas seudodemostraciones basadas en complicadísimos criterios morfológicos ya han sido superadas. En primer lugar, por sus propias contradicciones internas. Los raciólogos no se ponen de acuerdo sobre la cantidad de distingos que se pueden hacer entre los hombres. Algunos distinguen sólo dos razas, otros, llegan a ver doscientas. El ingenio de los antropólogos nazis, por ejemplo,

tuvo que combinar gran cantidad de medidas e índices para conseguir identificar a la supuesta “raza aria superior”, sin lograrlo jamás. De repente sucedía que un porfiado guerrero fulbe de África occidental se atrevía a ostentar en su cráneo las medidas perfectas de la raza superior o que un bávaro obstinado no llegara al ideal que racialmente, como alemán, debía alcanzar para merecer el dominio del mundo.

Sería cómico si no fuera por el genocidio antisemita de la Segunda Guerra Mundial. Pero el racismo fue muy popular, y todavía flota en las ideologías no científicas, y se usa.

Tal vez la demostración más eficiente de la falacia del racismo está a cargo de los mismos pueblos discriminados. Su lucha de liberación, los logros contenidos en su vida independiente muestran, sin lugar a dudas, lo absurdo de considerarlos “inferiores”.

Si el racismo persiste sin embargo en 1972, es muy lógico que apareciera y prendiera entre la clase ilustrada argentina del siglo pasado. Informó los supuestos ideológicos de los exiliados unitarios y llegó a la legislación y a los planes de Gobierno formulados al caer Rosas. Conocidas son las formulaciones racistas de Sarmiento y Alberdi en favor de la migración europea y en contra del elemento nativo: si el país no había dado lo suficiente –pensaban– era por la mala calidad del elemento humano. Se hacía necesario importar otro, y elegirlo entre las “razas superiores”.

Siempre el racismo fue político. Entre los unitarios, una de las cosas más chocantes del Gobierno de Rosas era el apoyo que le brindaban los negros esclavos y libertos. Que los antiguos siervos fueran ahora sus enemigos políticos los aterrizzaba. Cuando vestidos de fiesta estos irrumpían en colorido desfile en plena Plaza de la Victoria, celebrando a puro parche y danza el 25 de Mayo, temblaban los unitarios. Uno de ellos le dijo a José María Ramos Mejía: “La salvaje algazara, la oíamos como un rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una aterradora invasión de tribus africanas enloquecidas por el olor de la sangre” (1907, p. 333). La actual Plaza de

Mayo parece haber sido considerada siempre reducto de una clase. El que un caudillo atara su caballo a la pirámide o el pueblo la invadiera con muestras de alegría espontánea chocaba a las narices sensibles de la burguesía. Sólo cuando la “barbarie popular” era dominada, se comenzaba a mirar con mayor simpatía a quienes otrora producían terror. Tal el caso de los negros.

Pasado el miedo, la imagen del “bárbaro”, el “salvaje”, la “chusma”, es reemplazada por otras más benignas. En el caso de los negros, se exaltará su “bondad”, su “fidelidad” todas virtudes de animal doméstico que sabe conservar su lugar. Y su lugar es el sometimiento, el orden no subvertido por “prédicas demagógicas”. ¡Si todos podemos vivir tan felices, unos arriba y otros abajo, mandando y obedeciendo con alegría!

Paradójicamente, es la Constitución de 1853 la que trae la definitiva liberación de los esclavos que todavía quedaban en el país, y la que marca el comienzo de la desaparición de su raza. Nunca más se les permitirá salir a la calle al son de sus tamboriles, las clases altas se mofarán de sus danzas y costumbres, los señoritos se disfrazarán de negros en carnaval, los ejércitos se nutrirán de ellos. La marea migratoria acabará por sumergir a los pocos que quedan, ya casi invisibles.

Pero, por una cuestión cuantitativa, el racismo no se dirigió contra el “peligro negro”, sino contra el “peligro americano”. Es característico de esa falsa doctrina vincular los caracteres morales a factores hereditarios. Sarmiento, si bien reconoce el poder de la educación, se refiere a las “tres familias” (blancos, negros e indios) que componen nuestra nacionalidad, como

un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las



razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos (1961, pp. 27-28).

Como se ve, no se salva nadie. La incapacidad se hereda. Todas las leyendas racistas de la época se recogen aquí, entre otras la de la ociosidad india, que fue tal tan solo cuando se la quiso utilizar “por medio de la compulsión” que costó la extinción de poblaciones enteras.

La solución es importar sangre nueva, si es posible nórdica o francesa. Y con la sangre, las costumbres. Para medir el atraso de La Rioja en tiempos de Rosas Sarmiento le pregunta a Castro Barros, entre otras cosas: “¿Cuántos hombres visten frac?”, y la descorazonadora respuesta del canónigo es “ninguno” (Idíd.). La vestimenta se coloca a la altura de otros “indicadores de subdesarrollo”, como diríamos ahora, como la falta de médicos, de abogados, de jueces letrados, de escuelas. Vestir a la europea es ser civilizado. De allí derivará luego el acartonamiento del saco y la corbata, la prohibición de circular por el centro sin esas prendas en Buenos Aires, la prescripción del atuendo vigente aun en ciertos lugares y empleos, como un símbolo. La raza, las costumbres, el traje americano, constituyen una rémora que se debe eliminar.

Que esto sucediera en 1845 es explicable. Al fin y al cabo, la “clase ilustrada” consumía la mercadería cultural más prestigiosa de su época. Su modelo para llegar al ansiado progreso respondía a lo que los países centrales vendían como el último grito de la ciencia. Lo malo es que sigamos arrastrando hoy esos prejuicios, disfrazados a veces, otras desembozados.

Cuando algo se predica en nombre de la verdad científica, cuando se vuelca en lo que se ha dado en llamar “nuestro tradicional estilo de

vida” –neologismo yanquizante muy en boga– y se insufla sutilmente desde las aulas primarias a la Universidad, pasando por los medios de comunicación masivos, es difícil desecharlo, aun queriendo. Gunnar Myrdal, economista, lo señala:

Aun cuando no tengamos conciencia de nuestro cautiverio siempre nos encontramos, en mayor o menor grado, bajo la influencia de ciertas ideas muy generales o de patrones de pensamiento que nos han ido legando desde hace tiempo. En una u otra época, éstas maduraron en doctrinas definidas, pero aun ahora, cuando muchas de ellas ya no tienen aceptación y han sido refutadas, a menudo prevalecen todavía en la forma de predilecciones vagas y ejercen considerable influencia en nuestra forma de pensar (...) Nuestros instrumentos de análisis han sido moldeados dentro de la tradición de esas doctrinas y predilecciones y los hemos adaptado a nuestro trabajo para que se acerquen a los problemas: una forma particular de observar las cosas. Ello determina ampliamente cuáles son los problemas que planteamos y las formas en que los resolvemos” (V. Menéndez, 1968, pp. 17-18)

Así, el racismo pro-europeo sutilmente imbuido, la tajante división entre civilización y barbarie, nos persigue. Aún persiste el tema del indio y el criollo indolentes, y el gringo trabajador y progresista. Y lo peor es que esa gigantesca calumnia se erige sobre bases biológicas; sobre la “pinta” del trabajador en cuestión.

Vemos al argentino añejo en un lugar de la escala social, al que parece predestinarlo al color de su piel. Nosotros mismos fuimos víctimas de ese prejuicio tan profundamente encarnado, en un par de ocasiones. En casa de una familia amiga, vimos una chica morena a la que ubicamos inmediatamente como “la muchacha”, el eufemismo proscrito para referirse a la sirvienta. Cuando nos la presentaron,

fue una mayúscula sorpresa saber que era hija adoptiva de nuestros amigos, profesora, y que resultaba un placer alternar con ella. Pese a nuestra posición ideológica, los valores que nos fueron inculcados desde la infancia funcionaron: esa mujer solo podía dedicarse al servicio doméstico, y no esperábamos que participara de la conversación, sino que se retirara a la cocina. Y todo, en base a su “pinta”. En otra circunstancia, nos tocó buscar urgente asistencia médica en un dispensario. Se asomó un joven de tez oscura, cabellos muy lacios, ojos oscuros y rasgados, pequeño, vestido con un guardapolvo corto. “Indio”, pensamos, “indio puro”, y seguimos esperando al médico. Su “¿quiere pasar, señor?” nos sorprendió. Entramos, pero todavía el prejuicio nos susurró: “Es el enfermero. Seguramente me tomará la presión y esas cosas, y luego veré al profesional”. Cierta aplomo y seriedad en la maniobra, el tono seguro y la profundidad del interrogatorio eliminaron la duda: era el médico, y uno de los mejores con que nos habíamos topado. Indio, sin ninguna duda de Bolivia. Al salir, la gente de la sala de espera nos preguntó: “¿Ese es el médico?”, evidenciando compartir el prejuicio que, avergonzados, nos esforzamos en disipar. Y entre quienes esperaban había algunos medio hermanos de raza del facultativo que nos escucharon con desconfianza.

Ese fragmento sutil de la ideología que nos transmitieron nuestros próceres está vivo pues, y actúa. Ante la sonrisa irónica del europeo o el norteamericano que desprecia y desconoce nuestro país, reaccionamos afirmando: “¡Pero si nosotros somos iguales a ustedes!” Y ese “iguales” no quiere decir “tan civilizados como ustedes”, sino “tan blancos como ustedes”. Nos horroriza que se nos compare al Congo, por ejemplo, no porque nuestro desarrollo económico nos haga superiores, sino porque ese es un país de negros. Todo eso no se confiesa, aunque aparece de repente en momentos de crisis, como la eclosión provinciana en Buenos Aires. Pero, ¿no estaremos exagerando la nota? ¿En qué nos basamos para sostener que somos un país mestizo? ¿Hasta qué punto ondea la pluma todavía en la orgullosa frente argentina?

## Las sangres negadas

Los antropólogos argentinos se dividen en cuanto a la naturaleza de nuestra población. Para Bruno Jacovella, somos un pueblo racialmente homogéneo, con una religión y un idioma comunes (Imbelloni, 1959).

Enrique Palavecino, en cambio, señaló la presencia de “áreas de cultura folk” en el territorio argentino, determinadas por la superposición del conquistador español sobre culturas indígenas preexistentes. Allí donde la convivencia de los dos grupos humanos fue posible, gentes y costumbres se mezclaron en mayor o menor grado. Y aun cuando el encuentro se hiciera violento, la vecindad geográfica llevó a un intercambio de elementos que conformarían más tarde una cultura criolla, regionalmente diferenciada. Así, en las pampas, donde hispano-criollos e indios compitieron como ganaderos, el traje del gaucho recogió, junto a la galera y chaqueta europeas, el chiripá y la bota de potro del indio. El recado de bastos –de uso reciente– parece ser también de origen indígena.

Sólo la ceguera derivada del prejuicio racial vergonzante que comentamos, pudo negar el mestizaje. Las corrientes conquistadoras, compuestas de hombres solos, establecieron amplias relaciones con los indígenas.

Los primeros pobladores habían llegado en la mayoría de los casos solos y se amancebaban con las indias. Esta costumbre continuó aun cuando los españoles se casaron o trajeron mujeres españolas. De la unión con indias y negras surgió una abundante población de mestizos y mulatos. Tal profusión de hijos tenía su fundamento económico: eran más brazos para el trabajo. (Puiggros, 1943, p. 58)

En las encomiendas y pueblos de indios, el proceso continuó. Los primeros conquistadores procuraron casarse legalmente con princesas indígenas, en un intento de elevar su condición social, pero la Corona española reprobó tales uniones.

“En esta tierra no come sino el que tiene yndios”, afirmaba Ramírez de Velasco, fundador de La Rioja, “en esta tierra ni gobernador ni teniente ni nadie puede sustentarse sin yndios”. “Los fundadores buscaban en las regiones Norte y Oeste los sitios ‘más poblados por naturales y donde había más comida (al fundarse Mendoza)’ o que ‘por su comodidad de cielo y agua, y por ofrecer su comarca gran número de gentes para comodidad y sustento de 50 vecinos que allí quedaron’ (1er. Acta del Cabildo de La Rioja) eran los más apropiados para dar alimento e implantar el trabajo servil” (Puiggros, op. cit.).

A fines del siglo XVIII la mitad de nuestra población era mestiza. La mayoría era de origen ilegítimo, y por tanto ocupaba una categoría marginal dentro de la clasificación por castas vigente en la colonia. Los descendientes legítimos se asimilaban en general al grupo blanco, grupo que decidió defenderse ante el avance de la “gente de color”.

Españoles o criollos puros constituyen la “gente decente”, denominación

que no implica necesariamente una buena posición económica, pero que otorga derechos negados a las castas. Protegidos por las leyes y celosos defensores de sus prerrogativas contribuyeron a separar progresivamente los estratos sociales, reservándose el ejercicio de la función política y civil y la posibilidad de adquirir la categoría de vecinos en las poblaciones. La delimitación es muy rígida en los centros urbanos, menos evidente en la campaña, donde la autoridad se ejerce laxamente, y se acentúa en las regiones de vieja aristocracia y fuerte proceso de mestización. (Gorostegui de Torres, 1970, p. 11)

La campaña, la frontera india, será el lugar donde una masa de población a la que no se reconoce lugar social preciso, procurará ejercer su libertad. Irrumpirán con fuerza en la historia con las luchas de la independencia, y serán la base social del posterior caudillismo. Son los sin voz, los que jamás integraron los cabildos y las instituciones de la colonia, los que sufrieron sujeción incluso en el país independiente.

Obsérvese que la distinción supuestamente racial, es social. El mestizo que tuvo la suerte de ser producto de un casamiento legítimo, será “blanco” a los efectos sociales, y enfrentará a sus hermanos menos afortunados. Otro tanto sucederá, como veremos, en el caso del cabecita negra.

En la Argentina de los siglos XVI y XVII, Buenos Aires no era nada frente a las provincias interiores, donde los aborígenes del Noroeste ejercían su avanzada técnica agrícola en beneficio de los conquistadores, y los guaraníes unían a su condición de horticultores el aprendizaje de artesanías y aun artes impartido por los jesuitas. La creación del Virreinato, y la apertura del puerto litoral a las importaciones –legales e ilegales– cambiarán la relación de fuerzas. El ganado vacuno constituirá la medida de la riqueza en esta región, donde los naturales no se avinieron a la servidumbre que se impuso a los agricultores de más al Norte.

El tráfico hacia las regiones mineras del altiplano movilizaba la economía. Los indios encomendados no sólo cultivaban la tierra, eran arrieros en las tropas de mulas destinadas a las minas, y también artesanos. Aun tribus nunca sometidas se incorporaron a la economía, como los chaqueños que intervenían en las zafras o eran marinos fluviales en el Paraná. En la región más rica, la gente de color era mayoría. Cuando Buenos Aires se transforma en cabeza del núcleo de provincias desgajadas del Virreinato peruano, “una población móvil (...) inunda sobre todo el Litoral, engrosada por una creciente inmigración que baja de las antiguas posesiones jesuíticas” (Ibíd.). La migración interna, como se ve, es bastante antigua.

Téngase en cuenta, además, que el español no trabajaba. Recién en el siglo XVIII llega de la península una corriente compuesta de agricultores y artesanos. Ese país mestizo, donde tres pueblos se funden y confunden, persistirá hasta el período de la organización nacional, cuando el proyecto liberal se pone en marcha.

Los efectos de la migración ultramarina son notables, sobre todo, en el Litoral. Como es sabido, el inmigrante no encuentra demasiada ayuda gubernamental para “poblar el desierto”, sometido a condiciones arbitrarias por los poseedores de la tierra, sujeto a contratos leoninos por parte de los empresarios encargados de traerlo, termina por hacinarse en las ciudades, cuyas características demográficas cambia radicalmente.

El puerto, fuente y sede de nuestra riqueza en la etapa agroexportadora aun no concluida, es la sala de exhibición del país, lo único que ve el visitante extranjero. Allá atrás, en los fondos, quedan las colonias internas, las hermanas pobres, donde suda y trabaja todavía, ligada a la tierra, una población diferente. Al puerto llega la masa europea y es ella la que nutre los múltiples servicios que requiere la opulencia de clase dominante. Ella también es la que ocupa los primeros talleres e impulsa la importación y la lectura de los clásicos del proletariado, funda los primeros sindicatos, crea partidos políticos. En cierto modo, en el puerto se plasma, con mayor perfección, el modelo que soñaban para todo el país los que impulsaron su repoblamiento. En el puerto pensaba Estanislao Zeballos al caracterizarnos ante los norteamericanos de la Universidad de Harvard en una conferencia:

(...) Es digna de recordarse la circunstancia favorable que las razas inferiores, indios y negros, casi se extinguieron durante el primer siglo (de la independencia). Las guerras de límites, las enfermedades y el alcohol han reducido a las aguerridas tribus indígenas a pequeños grupos de menos de diez mil almas, diseminadas en diferentes regiones del país. La abolición de la esclavitud, proclamada por el

Congreso argentino de 1813, originó un movimiento de gratitud en la población negra y como consecuencia todos los hombres capaces de usar armas se unieron voluntariamente en los ejércitos patriotas y en la guerra contra la dominación española. Además los negros tomaron una parte activa en la república. La homogeneidad de la población blanca es una de las razones que, unida al carácter de las instituciones y a los dones de la naturaleza, explican la extraordinaria transformación, cultura y prosperidad de la República Argentina. (Rodríguez Molas, 1970, p. 56)

Como se ve, exactamente lo mismo dice hoy nuestra Dirección Nacional de Turismo. La población que desmentía tales asertos estaba oculta detrás de las cortinas.

Pocos inmigrantes encaminaron sus pasos hacia las regiones no litorales. Curiosamente, su asimilación allí fue más rápida, rodeados de un entorno menos vacío que el de las pampas ganaderas, en contacto con una cultura de sabor añejo que acabó por envolverlos. Muchos de sus descendientes merecerán en el medio porteño el mote de “cabecitas negras”. Y es que, cuando la inmigración europea cesa y las guerras imponen la industrialización, la mano de obra que acude a manejar tornos y balancines proviene de las provincias interiores. La pluma negada marcha hacia la ciudad para conquistarla.



## Nuevos obreros

Con el deterioro de los términos del intercambio, termina en el país la época de las vacas gordas. Se paga poco por éstas y por el trigo y se cobra mucho por las manufacturas que nos llegan del Viejo Mundo. La incipiente industria debe reemplazar importaciones y, en épocas de guerra, su importancia crece. Piénsese que no venían del exterior tan solo maquinarias o automóviles, sino zapatos, medias, camisetas, aceite, sal, quesos, etc.

La crisis de 1930 deja en disponibilidad mano de obra barata. El impacto en el campo es durísimo. Los talleres se convierten en fábricas:

El crecimiento fue tan rápido que ya en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial la Argentina se abastecía en muchas remas de la industria liviana. En 1941, los mayores contribuyentes eran industriales. En 1914, el 42 % de la población vivía en el campo. En 1948, el 74 % en las ciudades. Y entre 1935 y 1948, la producción industrial aumentó el doble. (Hernández Arregui, 1970, p. 404)

La masa campesina que se desplaza hacia las ciudades, en particular hacia Buenos Aires, está compuesta en su mayoría por peones, minifundistas, changarines. Cuantitativamente comienzan a pesar. Cualitativamente, ese peso se volcará hacia un nuevo movimiento político que rompe los esquemas del viejo modelo europeo: el peronismo. Este surge en el seno de un Gobierno pro-nazi, nacido del golpe de estado del 4 de junio de 1943. Para algunos, basta con eso. No importa la dinámica que el movimiento alcance luego: es nazi por razones cuasi biológicas.

Desde la Secretaria de Trabajo y Previsión, el coronel Perón comienza una política inédita en relación a la clase obrera: satisface reclamos salariales, implementa el sistema provisional, unifica el sistema sindical. Su lenguaje –cuya “falta de estilo” asqueará a los viejos oradores– es directo y llano, y llega. La adhesión obrera crece; por primera vez toda una clase amenaza convertirse mayoritariamente en oficialista.

A pesar de que Perón proponía un esquema policlasista, de conciliación, no tuvo igual suerte con el sector industrial, al que apoyó, y mucho menos con la oligarquía agroganadera. Demasiadas leyes -vacaciones pagas, estabilidad en el empleo, Tribunales de trabajo, Estatuto del Peón- para el gusto patronal. Las fuerzas se polarizan. De un lado la oligarquía y todos los partidos tradicionales; del otro, el incomprensible movimiento nacional. Los conservadores lo repudian por obrerista; los partidos de izquierda por nazi-fascista, porque sienten que su poder sindical se les escapa. Todos juntos conseguirán la efímera victoria del 13 de octubre, con la detención de Perón y su traslado a Martín García. Todos contemplarán atónitos la victoria popular del 17. Saliéndose del libreto, la clase obrera salió a la calle sin esperar el llamado de sus “vanguardias”.

¿Clase obrera? Cierta izquierda se resiste a admitirlo. “Descamizados” los bautizará la prensa “seria”, y ellos recogerán con orgullo la supuesta ofensa, enarbolando sus camisas junto a la bandera nacional en esta nueva montonera.

El doctor Mosca, candidato a vicepresidente por la Unión Democrática, dice: “Turbas asalariadas ... hordas analfabetas y alcoholizadas ... alimañas embrutecidas”. Animales en suma, el ‘aluvión zoológico’ del inefable Sammartino, sujetos a las más bajas apetencias, tropa fácil de arrear mediante torpes recursos demagógicos.

Miles de veces han de haberse mordido la lengua los autores de tales diatribas, ríos de lágrimas de arrepentimiento han corrido por su tremenda falta de olfato, por un error evidente de sus análisis, por el ómnibus tan trágicamente perdido.

Todas las armas son buenas en el enfrentamiento, incluido el prejuicio racial. Son “negros ensoberbecidos”, “cabecitas negras”.

Esa misma noche del 17, Perón pronuncia un discurso y muchas de sus frases pasarán a nutrir el folklore opositor. Califica a quienes lo rescataron de “auténtico pueblo argentino”, “masa sufriente y sudorosa que elabora el trabajo y la grandeza de la Patria”, “síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino”. La campana electoral que concluirá con las elecciones del 24 de febrero de 1946, registrará y usará esas imágenes: “¿Qué te parecen las masas sudorosas?”, pregunta un personaje de la revista *Cascabel*, pro Unión Democrática, a otro. “¡Me dan asco!”, responde el interrogado. “Hermanos del Interior”, diminutivizado en “hermanitos”, se convertirá en el eufemismo divertido que reemplaza a “cabecita”. Fue una de las expresiones más festejadas del discurso de Perón. ¡Todo un chiste! ¿Cómo imaginar que la burguesía podía ser hermana de esos negros? Chistecito revelador del grado de antagonismo hacia la gente del país negado, antagonismo que era en realidad más anti-obrero que anti-cabecita y, sobre todo, anti-nacional.

Lo racial es sólo un condimento para lo social. En el fondo, se estaba rescatando el viejo concepto de “pueblo” vigente en la Colonia, aquella “parte principal y más sana de la población” que excluía a la chusma y las castas de esa categoría.

No sólo el cabecita hizo el 17. Hubo mucho rubio, mucho hijo de gringo, mucho porteño en sus cansadas columnas. El llamado al antagonismo contra los “negros” fue un recurso más para dividir a la falange proletaria. Recurso que es difícil hallar explicitado públicamente. Circulaba más bien por los subterráneos del rumor, del chiste político, vivo siempre en la expresión oral.

La oposición se erige como moralmente superior. Se siente depositaria de valores abstractos como la Libertad, la Moral, la Cultura. Por otra parte, cuenta con el apoyo del embajador norteamericano Spruille Braden. Choca así con el antiimperialismo popular, que ni las izquierdas levantan como bandera. Una muestra de su oratoria

será didácticamente provechosa. Veamos el balance del doctor Enrique Mosca sobre una campaña proselitista:

Aquí ponemos término a la primera gira de prédica moralizadora y de ilustración para las conciencias adormecidas y envenenadas. La jornada cumplida puede bien ser llamada la marcha triunfal de las redenciones públicas, y ha constituido una clarinada de alerta para los que esconden en la lobreguez de sus turbias intenciones el ilusorio intento de oponerse al libre determinismo de la voluntad popular. En todo el itinerario, multitudes enardecidas y valerosas vinieron a decirnos que no trafican con los seudos redentores y que conservan intacta la pureza de la dignidad. Los asaltos vandálicos, las provocaciones de las turbas asalariadas y las explosiones salvajes de las hordas analfabetas y alcoholizadas no lesionan la magnitud del triunfo porque no puede disminuir la llamarada de la hoguera, el resoplido inarmónico de la alimaña embrutecida.

Comparsas regimentadas, que en el colmo de su inconsciencia criminal amparaban sus provocaciones escudadas en los cuerpos de las mujeres y los niños, ofrecían el espectáculo regresivo más vergonzoso de la historia, bajo el cobarde comando de los ganasueldos de la Secretaria de Trabajo y Previsión, con la pasividad cómplice de la Policía Federal y con el repudiable tutelaje de los malos interventores convertidos en poleas desconcentradas de la maquinaria electoral. Pero nada de ello logró amenguar las manifestaciones apoteóticas que en todos los centros civilizados brindaron los partidos integrantes de la

Unión Democrática, los estudiantes, las mujeres, los obreros libres y la masa independiente que sabe sumar sus inquietudes a las nobles causa del bien general.

El discurso transpira terror y asco. Pese a las valientes minorías que en los centros civilizados vivaron al orador, los hombres, mujeres y niños de las hordas, las alimañas, ganaron la elección, legitimando con todas las reglas del juego lo que ya hablan ganado el 17 de octubre.

El nuevo obrero se apresta a disfrutar de sus conquistas.

## Cabecitas en el poder

Obreros con plata y con derechos ¡Dios nos libre!, exclaman los patrones. ¡Y negros, para peor! El mercado de trabajo se amplía con una industrialización que recién dejará de absorber mano de obra después de 1950. La inflación no impide que el salario alcance real valor adquisitivo; lo que pasa es que ahora es para muchos. Hay colas, los comerciantes no dan abasto y sobrevienen las quejas de los que, ayer nomás, eran consumidores exclusivos de ciertas cosas.

Las que ayer fueron barreras eficaces para impedir al pueblo el acceso a productos o lugares, son superadas. El traje y la corbata en el hombre, por ejemplo. Comienza a murmurarse: “Ya uno no sabe cuál es el obrero y cuál el patrón”. Y, respecto a las sirvientas: “Estas chinas se visten igual que las señoras”. Y con el pasaporte de la vestimenta, el llamado “elemento cacerola” invade cines, teatros, confiterías. Una santa indignación invade las esferas burguesas, aun las peronistas.

La muchachada “bien” advierte el cambio. Se enrarece el “ambiente” de los bailes. Pocos clubes consiguen salvarse, con elevadas cuotas de ingreso, de la invasión cabecita.

Sin embargo, hay diferencias (“siempre las habrá”, murmuran satisfechas las señoras gordas). Al margen de los precios, existe un gusto diferente en los que recién estrenan la vestimenta urbana: pantalón bombilla, de tiro alto, con multitud de botones, tiradores a la vista, saco largo, zapatos con suelas también altas; “porra”: pelo largo peinado en cola de pato y patillas pobladas señalan al cabecita. Es la “moda Divito”, un poco creación y un poco interpretación de lo existente por parte del popular dibujante que dirige la revista *Rico Tipo*. En las mujeres, un afán obsesivo de vestir lo último, de destacar los atractivos físicos de las muchachas provincianas.

El sindicato, hasta ayer legalmente “asociación ilícita”, se convierte en un elemento importante para la toma de conciencia del obrero. El

centro de gravedad en la relación laboral se desplaza desde la ilusoria “libertad de contrato” hacia las normas de las convenciones colectivas. Se pierde el miedo a reclamar, se adquiere la práctica de ejercitar derechos, de obtener conquistas mediante la lucha. La soberbia patronal que desafiaba a los obreros cuando su líder estaba preso con un: “Ahora vayan a reclamarle a Perón”, debe arriar las velas. El pleno empleo (la demanda de mano de obra superaba a la oferta) otorga al asalariado la facilidad de elegir su trabajo.

El poder sindical creciente y el apoyo gubernamental permiten el fomento del turismo social. Así, los “negros” pasean su estampa americana por las exclusivas arenas marplatenses, asombran a los *habitués* llegando al lejano Bariloche, la “Suiza argentina”, cabalgan divertidos los burritos cordobeses.

Son multitud. Los transportes no alcanzan, los negocios rebosan, las salas de diversiones se llenan. Hay un déficit real que no puede cubrirse: el de la vivienda. Rebajados los alquileres en 1944 ya no se construyen tantas casas de renta. En 1946,

el obrero apenas salido de una situación económica de angustia sigue condenado a vivir en un conventillo. Antes y ahora viven en una sola pieza. Si ese obrero ha conseguido un apreciable aumento de salario o si el trabajo de la mujer y de alguno de los hijos han ampliado las entradas, sigue condenado a vivir en el conventillo porque no encuentra vivienda. (*Qué sucedió en 7 días, 1946, p. 14*)

En los espacios libres aparece la casilla precaria: nace la villa miseria, que entonces no se llamaba así.

La iniciativa privada se revela incapaz de cubrir ese déficit, frenada al principio por la Ley de Alquileres, prefiriendo luego construir departamentos de lujo para venderlos en propiedad horizontal. Esto es constante y sólo el Estado está capacitado para encarar el problema. En el período en que actuó la Comisión de Casas Baratas

(1915-1945) fue escaso el número de viviendas populares construidas. Durante el Gobierno peronista este número se vio notablemente acrecentado, para volver a decaer luego de su derrocamiento<sup>1</sup>. Además, al aumentar las villas con posterioridad a 1955, disminuir el poder adquisitivo de los salarios y faltar la ayuda estatal, la villa se convierte en permanente.

La sensación, para muchos, es de malón. El cabecita acampa nada menos que en los jardines de Palermo, ayer vedados. Trae, además, su propia cultura, y la impone. ¿Dónde? ¡Nada menos que en el barrio Norte!

Tal vez por ser este el núcleo laboral más importante para el servicio doméstico, primera ocupación de las muchachas que migran a la ciudad, recrea en Plaza Italia la atmósfera provinciana. Nunca como entonces la plaza palermitana estuvo tan poblada. Hoy es sólo un lugar de paso para los visitantes del Zoológico o de las exposiciones

---

1 En el momento de la primera publicación de este libro, algún integrante del CEAL tuvo a bien rechazar los datos cualitativos vertidos por el autor y reemplazarlos por expresiones generales. A continuación, se podrá leer el texto original.

Solo el Estado tiene la capacidad para cubrir el déficit de vivienda. En 1915 se dictó la ley creando la Comisión de Casas Baratas, liquidada treinta años después. En ese tiempo la junta construyó seis casas colectivas, con 500 departamentos y tres barrios de viviendas económicas, con un total de 891 casas.

En 1945 se crea la Administración Nacional de Viviendas y se le asigna un fondo de cuatro mil millones de pesos, para aplicarse en 20 cuotas anuales de 200 millones. Al constituirse la nueva dependencia oficial, Perón dijo: "Una vivienda para cada familia; cada familia en su vivienda" (*Qué sucedió en 7 días*, 1946, p. 15)

"El saldo frente al grave problema de la vivienda, durante el régimen de Perón, fue la construcción de un plazo excepcionalmente corto de 500.000 casas, con la incorporación a la vida digna de 2.500.000 argentinos que habían vivido en pocilgas, ranchos o inquilinatos. A eso se le llamó demagogia". (Hernández Arregui, 1970, p. 408)

En 1955 el Gobierno golpista reduce la intervención estatal. Impone el descongelamiento de los alquileres. El Banco Hipotecario Nacional se financia solo con el ahorro, y se apoya a la empresa privada. Se impulsa la erradicación de las villas de emergencia. El Gobierno radical de Arturo Illia crea, por primera vez, un ente con rango de Secretaría para encarar el problema de la vivienda, reivindicando la acción estatal. Al ser derrocado, poco pudo hacer.

Desde 1969 y hasta 1976 se sigue el modelo de los países centrales: el Estado construye solo como forma de reactivación económica. Se desechan las propuestas villeras de construcción masiva de grandes conjuntos. Hay un plan, Vivienda Económica Argentina y rigen los barrios PEVE, Plan de Erradicación de Villas de Emergencia (Cristofani, 2009, pp. 20-21). No hay más viviendas al alcance de las clases populares.



de la Rural, que esperan transportes. Antes, se quedaban en la plaza. Las calles adyacentes conducían un río humano hacia ella, los cafés y pizzerías vecinos estaban repletos.

Si el provinciano de clase media encontraba a sus paisanos en la Avenida de Mayo, el obrero los hallaba en Plaza Italia. Entre vendedores ambulantes, las parejas enhebraban su romance, hacían tiempo antes de ir al baile y reposaban sobre el pasto de su caminata por los jardines. El conscripto circunstancialmente en Buenos Aires veía allí a sus amigos o intentaba también el aproximarse a las muchachas. Todos los acentos, todas las tonadas, todo el país mostrándose impúdico en las sagradas narices de la Sociedad Rural.

Ahí nomás, el baile. El más famoso, tal vez, aquel que la clase media “cargaba” cambiándole la propaganda: “¿Dónde va la muchachada? Se va alegre y envinada, a bailar a La Enramada”. Cinco pistas amplias, húmosas con ritmos para elegir: típica, jazz, melódica y un agregado reciente en las orquestas nativa y guaraní. Zapateos y sapucais junto al corte sabio del tango, al amartelamiento del bolero. Por la boca irrespetuosa del altoparlante, Buenos Aires aprendía ritmos nuevos. Muchos, todavía, fruncían la nariz.

Entre las mesas, visibles como marcianos, circulaban algunos jóvenes. La ropa, el corte de pelo, denunciaban al estudiante en busca de su iniciación amorosa. A veces la encontraban en condiciones mercenarias; otras, en el simple amor de una muchacha provinciana que no encontraba pecado en darlo. La moral diferente del campesino se trasladaba a la ciudad.

Los lugares cambian, pero no las costumbres. El mismo periplo recorrían los “jailaifes” del centro en las penumbras de Barracas en 1918, o los pajonales de la isla Maciel del 30. Siempre el amor anida en los barrios populares, huye de las “zonas bien”. Hubo otros bailongos –muchísimos–, como el Palacio de las Flores o el Parque Romano, luego Parque Norte, en Las Heras y Malabia, donde hoy funciona el Club Comunicaciones. Reemplazó al “Palace Skating” cuando el

patinaje perdió el favor del porteño, y se hizo más rentable dedicar las salas a la diversión provinciana.

A altas horas, concluida la farra, la calle se llenaba de voces y de risas. Risas fuertes, de gente acostumbrada a largarla sin reservas, de gente en ascenso, dueña de su vida y contenta de serlo. Chistidos indignados los mandaban callar, sin mayor éxito.

En las grandes casas de departamentos, ante la desesperación de los serenos, se prolongaba la despedida de las parejas; las muchachas entraban juntas, comentando, hacia las casas de sus patronas. Al día siguiente, algunas dormían más de lo conveniente. El orden, es cierto, como en toda revolución, se estaba subvirtiendo.

En las celebraciones del calendario peronista aparecían elementos inéditos, como el famoso bombo. El 1° de mayo y el 17 de octubre, en Plaza de Mayo, no había sólo “cabecitas”. Pero no importa: la denominación social los englobaba. Podía haber “blancos” peronistas, pero no se admitía que un “negro” no lo fuera.

Todo era nuevo, hasta el lenguaje del líder, tan criticado. Otra vez la sombra amenazante de los candombes rosistas parecía cernirse sobre la plaza, amenazar la vida del país. Ernesto Sammartino se queja en la Cámara de Diputados, “que la Secretaría de Trabajo, la Subsecretaría de Prensa y la CGT empapelaran la ciudad y lanzaran las turbas a la calle a pedir mí cabeza”. Su sector, dice, “(...) quiere conservar un sistema de garantías para defenderse de las minorías que se convierten en tiranías y de las mayorías que se convierten en tribus”. Y le recrimina a Perón: “Un presidente de la República no puede hablar como un jefe de tribu, al compás de tambores de guerra, para despertar el odio o la adhesión de las turbas ululantes” (*La Nación*, 6/8/48, pág 8). Los instrumentos de percusión, al parecer, siempre suenan mal a las “clases ilustradas”.

Estas no disimulan su inquietud. Critican “con altura” el fenómeno desde su prensa.

Recurren a la violencia cuando pueden. Azuzan el prejuicio.

## Reacciones

Parece que el cabecita negra ha venido para quedarse. Los que no ponían ningún obstáculo al arribo de inmigrantes extranjeros no lo pueden tolerar. Sienten a la ciudad mancillada por esa masa inculta a la que, según ellos, Perón trajo por razones demagógicas, para aumentar su caudal electoral. El contacto con el propio país raspa las epidermis delicadas.

“¡Que se vuelvan a sus provincias!” claman. Era cómodo tenerlos en la estancia, traer de vez en cuando una china para el servicio, sí, ¡pero tantos! El campo, ese es su lugar, su paisaje. Ahí quedan bien, no aquí. Sobre todo, no permitir que se acostumbren a lo bueno: la vida ruda hace bien.

Señala con preocupación un diario:

(...) la tendencia a instalarse en los grandes centros, donde las condiciones de vida más cómoda atraen de manera especial a la juventud. Esta demuestra no interesarse por el porvenir. Se conforma con pasarla mejor, es decir, con el menor esfuerzo y sin ánimo de alcanzar en el futuro posición más desahogada e independiente. La atracción de la industria, en muchos casos concentrada arbitrariamente en las urbes donde se perciben altos jornales, y la seducción de los empleos oficiales en oficinas o en obras del Estado, son los principales factores que actúan de aliciente a la población campesina para abandonar sus naturales actividades y lanzarse a las ciudades deslumbrantes. No tardarán, por cierto, en advertir el error quienes han dejado lo positivo que es el trabajo rural por lo engañoso y ocasional que es la ocupación urbana. Pero mientras este convencimiento espontáneo ocurra, corresponde arbitrar

medidas encaminadas a salvar la crisis que se avecina para las industrias extractivas de proseguir el proceso de desocupación de los campos. Una propaganda bien orientada puede rendir resultados, llevando al convencimiento de los jóvenes, especialmente, el error que cometen y a la vez señalarles las ventajas que les brinda la vida campesina, con su promesa siempre cumplida de un mañana promisorio y firme. (*La Nación*, 15/5/48, p. 8)

Nos viene a la memoria, a propósito, la jocosa observación de un agricultor de una zona migratoria, en 1966: “El porteño dice que acá se está mejor, que no hay como el campo. ¿Por qué no cambiamos? Que vengan ellos acá y nosotros vamos allá”.

Lo que el artículo evidencia es el absoluto desconocimiento por parte de su autor de las diferencias entre ambos medios. La supuesta superioridad de la vida campesina, tan bucólica, mal esconde el propósito de retrotraer al país a su etapa agroexportadora, cosa, además, imposible.

Había mucha gente impaciente, gente que no toleraba la menor “incorrección” en el nuevo elemento. Llegaba a las manos con facilidad si el guarda de tranvía le invitaba a correrse, si el mozo de café demoraba un pedido. Asistimos a algunos tumultos de esos, y cuando el “negro” caía en manos de una patota de sedicentes “blancos” se lo castigaba duro. Lo contrario, por supuesto, también ocurría

Vecinos de balnearios ribereños coinciden en afirmar que ya no se ve en ellos la misma gente que antes. En la década 1945-1955, Vicente López y Quilmes, en la provincia de Buenos Aires, o las piletas de Núñez, en la Capital, veían desfilar densas columnas de bañistas. Familias obreras, muchachos, chicas, niños, invadían las playas y gozaban el chapuzón en el río. Molestaban a los que otrora fueron sus dueños absolutos.

Este trastrueque, ese “no saber guardar su lugar”, también mereció editoriales:

La falta de respeto a la sociedad suele asumir otras formas ofensivas para el decoro y las buenas costumbres de la ciudad y localidades circunvecinas. Tal lo que ocurre, por ejemplo, en la zona de la ribera, donde según una información procedente de Vicente López, la gran cantidad de bañistas que acuden a esos sitios suele ofrecer espectáculos de condenable inmoralidad, que tienen por escenario la propia costa o algunos establecimientos de recreo diseminados por los alrededores. Aunque la policía se preocupa por evitar tales excesos, no ha podido proceder al saneamiento total de la zona.

Luego viene el reclamo por la usurpación:

En consecuencia, el respetable vecindario local se ve privado de disfrutar legítimamente de los lugares de desahogo y esparcimiento, al punto que una comisión de damas ha tenido que gestionar la intervención del Comisionado Municipal para que ponga término a semejantes abusos.

Y concluye “Todos esos fenómenos acusan un descenso de la cultura y la moralidad popular, al que es necesario poner enérgicas vallas (...)” (*La Nación*, 10/3/4B, p. 4). Puede observarse que toda “la gran cantidad de bañistas” se dedicaba, al parecer, a ofrecer espectáculos inmorales. ¡Formidable masa de inadaptados! Y los perjudicados eran los habitantes de la zona, cuyo derecho legítimo a monopolizar el río se desconocía. En consecuencia, se reclamaba “una acción oportuna y decisiva (...) en pro de los derechos y bienestar de la población, a la que los grupos de indeseables perjudican con sus expresiones de barbarie o deshonestidad”. Esa acción no podía ser otra que echar, lisa y llanamente, a todos aquellos que no constituyeran el ilustre vecindario de Vicente López.

El tono moralizante fustiga sin cesar la “incivilidad”, “la conducta antisocial y gratuitamente agresiva”. A veces se detiene en “el mal trato recibido a veces por los pasajeros de parte de conductores y guardas, con absoluta ignorancia de la deferencia que deben al público (...)” (*La Nación*. 3/1/48, p. 4), etc. El servilismo prescripto por siglos para los de abajo se acabó. Y para siempre.

Pero es lindo hacerse ilusiones. Recordar las reverencias de aquellos sirvientes de antes, de esos campesinos agradecidos por la buena comida y la ropa que los patrones le dejaban, algo que nunca habían conocido en Europa. Nada de sindicatos, leyes, inspectores de Trabajo y Previsión. Nada como ese monstruo de la CGT única (una aberración totalitaria que coartaba la libertad de agremiación) a la que Perón calificó como “escudo de los trabajadores”. Nuevamente se busca la solución a un problema económico, social o político en factores biológicos: hay que cambiar el “tipo” de gente. El “cabecita negra”, se dice, es insolente de nacimiento, lo trae en esa apática e indolente sangre americana que lo envenena. En los avisos clasificados en que se solicita personal de servicio, se especifica: “portero extranjero”, “mucama extranjera”, “nurse suiza”, “matrimonio extranjero”. En muchos se agrega, como muestra de refinamiento, “culto/a”.

*La Prensa* escucha y reseña el mensaje presidencial de 1949: “Para nosotros –comenta– el mejor dato del mensaje es que nos vamos aproximando a los 17 millones de habitantes, y el mejor acto del Gobierno actual ha sido entreabrir las puertas a la inmigración europea”.

Y llegan los ansiados inmigrantes: 882.631 entre 1947 y 1956. No responden, sin embargo, a las expectativas oligárquicas. Europa tampoco ha quedado estática, y la Argentina asiste al arribo de un inmigrante distinto. Se los llamó los “ingegneri”, porque todos, hasta el más aprendiz de los albañiles, simulaban tener estudios superiores. Tan exigentes o más que el criollo, pronto aprendieron a manejarse con la legislación vigente y se integraron a la vida sindical. La era del gringo sonso habla concluido para siempre.

Desaparece así la última ilusión de basar la mayor ganancia en la mano de obra barata, algo que siempre había sobrado en el país. Producir con sistemas de trabajo razonables se hace duro para el industrial, según *La Nación*. Entre los factores que pesan en ello,

(...) la mano de obra es la que tiene mayor gravitación, no sólo por el monto de los salarios sino por las erogaciones que representa la legislación social vigente; vacaciones, despido, mes complementario, jubilaciones, feriados, significan elevados desembolsos. A esto es necesario añadir en algunos casos la menor duración de la jornada de trabajo y, además, el menor rendimiento del esfuerzo de los obreros (7/1/48. pág 4).

En todos estos testimonios se va delineando el contra-plan que se oponía a la acción del Gobierno peronista, un proyecto que aún no ha sido desechado: regreso del inmigrante interno a su lugar natal, fomento de la inmigración extranjera, aumento de la jornada de trabajo, derogación de las conquistas sociales. Sólo la firme resistencia de la clase obrera, de la que el llamado “cabecita negra” forma parte indisoluble, pudo frenar esos planes.

## Integración

La figura contrastante del cabecita negra se iba fundiendo paulatinamente en el paisaje urbano. No era el primer provinciano que lo conseguía. Quizá la primera migración importante del interior a Buenos Aires fue iniciada por las clases altas. Cuando las provincias pierden definitivamente su lucha contra la hegemonía porteña, su élite dirigente se reacomoda a la nueva situación. Sabe que no puede pesar en las decisiones desde las fronteras menguadas de su pago chico, y lo abandona. En la urbe se agregará a los elencos gobernantes en puestos que van desde la Presidencia de la República o los ministerios, hasta cargos burocráticos menores. Algunas de sus figuras se destacarán por sus posiciones relativamente nacionalistas frente al entreguismo y la dependencia externa mantenidos como ideales por los representantes del liberalismo ortodoxo.

Los ministerios y estructuras gubernamentales burocráticas de extensión nacional ofrecieron también una vía de ingreso a la ciudad a miembros de una clase media, en muchos casos, reciente. El magisterio, por ejemplo. Carrera secundaria corta, de considerable prestigio social, se hallaba al alcance de muchas familias modestas: comerciantes, agricultores. etc., que no podían aspirar a dar a sus hijos un título universitario. Iniciado el ejercicio a veces en su pueblo natal, el maestro dispuesto a abandonar su terruño encontraba oportunidades de ascender a cargos directivos, aun cuando para ello debiera trasladarse a zonas menos benignas. Una ulterior promoción a inspector, por ejemplo, colocaba al funcionario en condiciones de aspirar a los cargos más altos aún, que se ejercen desde Buenos Aires. De tal forma, en los cuerpos técnicos de los organismos educativos los provincianos superan ampliamente a los porteños.

Los ferrocarriles, el correo, los bancos, son otras tantas instituciones donde una migración interna reglada ocupa cargos directivos.



Esta migración, sin embargo, no padeció en tan alto grado el enfrentamiento como sus comprovincianos de clase obrera. Socialmente se sentían adscriptos a la misma clase que sus colegas porteños, y trataban de asimilarse con rapidez a ella. Tal vez recibieron de rebote el desprecio encerrado en el mote infamante, pero éste, como dijimos, traducía un prejuicio de clase antes que racial.

Son hábitos, es una cultura extraña la que se estigmatiza bajo el rótulo de “cabecita negra”. El rasgo que se tomó para bautizarla es la presencia, en el grupo humano que la sustenta, de un número más o menos elevado de mestizos, pero no sólo eso.

Señalaba un raciólogo que muchas veces basamos una clasificación racial en factores no biológicos. El traje, en primer término. El corte de cabello o su largo, la forma de moverse o actuar de una persona, sus gestos. Si colocáramos a diversos individuos rapados y totalmente desnudos inmóviles frente a nosotros, esa clasificación sería bastante más ardua que si estos lucieran, por ejemplo, el albornoz de los árabes, el turbante de los hindúes o las largas melenas y barbas de los ainu de las islas Sakhalin.

Algo semejante sucede con nuestro “cabecita”. El color moreno de la piel puede llegarle directamente de Andalucía o de la baja Italia, cuando no de recientes antepasados sirios o, simplemente, de su prolongada exposición al sol. Es más, entre los mestizos de indígenas, muchos poseen una epidermis más clara que el descendiente puro de europeos. Lo de “negros”, pues, se dirige a otra cosa. Ni siquiera se requiere el cabello oscuro que parece insinuar el mote. Hay que buscar, más bien, la manera de peinarlo. Advertir el bigotito mínimo, triangular, casi hitleriano que lucen tanto los paisanos araucanos del Neuquén como los hijos de húngaros del Chaco. Observar una manera diferente de comunicarse que las pautas ciudadanas no aceptan.

Recordamos el asombro y la indignación de los pasajeros de un colectivo, en aquellos tiempos, cuando dos parejas de jóvenes provincianos comenzaron a preguntarles hasta dónde viajaban. El vehículo estaba lleno y ellos de pie, y pretendían ubicarse estratégicamente

cerca de un asiento próximo a desocuparse. Aquello “no estaba bien”. Todos procuramos hacer lo mismo, pero sin preguntar con semejante descaro, intentando adivinar quién va a bajarse. Las ventajas racionales de este silencioso deporte porteño sobre la frescura provinciana son difíciles de explicar, salvo recurriendo al “no te metás”, y el cabecita se metía.

En la medida en que fue perdiendo tanto sus características exteriores de atuendo y arreglo, como esas maneras de actuar que muchos consideraban inadecuadas, su figura se hizo menos reconocible. La integración comenzó con sus hermanos de clase, los obreros con los que convivía en la fábrica, o con sus compañeros peronistas de la Unidad básica. Si el muchacho de clase media incursionaba poco y con conciencia de que no “estaba en su ambiente” por los bailes de provincianos, el obrero nativo de la ciudad penetraba en ellos con mayor confianza, sintiéndose más a gusto. Se reía un poco de “las negras”, como si su porteñidad lo exigiera, pero concluía a menudo por casarse con una. Tal vez no bailara chacareras o chamamés, pero compartía con el cabecita el entusiasmo por el tango, el fox-trot o el bolero. Lo esencial en el entendimiento es también el rasgo más importante de la época: la valorización de la condición obrera. Al convertirse en factor de poder, al calor de las luchas recientes y de su triunfo, el trabajador manual había subvertido aquel viejo valor que despreciaba su oficio, en una magnitud desconocida hasta entonces. Un prejuicio que desde antes de la colonia consideraba servil ese tipo de tareas, e indignas de un caballero, y que, a nivel de las populares, hacía recaer las preferencias en el empleo de cuello duro antes que en el fabril.

Ahora se sentía principal, si no único sostén de un Gobierno. Veía a los secretarios generales de su central sindical compartir el palco presidencial con el propio presidente, los ministros, el obispo y los generales. Sabía que en las embajadas argentinas en el exterior, junto con los agregados culturales o navales existían agregados obreros.

Ese real aumento de poder político tuvo un efecto de demostración obviamente más poderoso que las formulaciones teóricas sobre el proletariado como vanguardia de la revolución social, y aceleró la formación de una conciencia de clase. La consecuencia de esta se pondría de manifiesto con la pérdida del poder.

Por ser obrero, y porque ser obrero era importante, el cabecita se entenderá con el porteño. La común militancia política no siempre contribuyó, en cambio, a acercarlo a las otras clases sociales, muchos de cuyos integrantes se avergonzaban un poco de que esa “gente ordinaria” representara su movimiento. Ese tipo de contradicciones sigue jugando en el seno del peronismo, y va generando dentro de él la presencia de variadas alternativas políticas.

Aunque no lleva a nada pensar cómo hubiera sido la historia si no hubiera sido como fue, podemos imaginarnos la continuación de un proceso que ya estaba marchando y fue cortado brutalmente y de raíz con pretextos políticos moralizantes. Antes de la caída de Perón, 80.000 personas en el conurbano bonaerense se hacina-ban en villas miserias. Su destino probable era el monobloque o los barrios de viviendas populares, situados dentro del perímetro de la Capital. Su destino real fue la misma villa, que a partir de ese momento crece verticalmente como hábitat del migrante interno, hasta llegar a las 800.000 personas actuales, cifra que algunas estimaciones alargan hasta el millón. Es posible, además, que la política general del Gobierno hubiera ubicado dichas viviendas, en algunos casos, en barrios considerados baluartes de las clases medias, opositoras al régimen. En estos momentos la estrategia es totalmente distinta. Los proyectos inconclusos de viviendas llamadas “populares” las plantean en zonas muy alejadas del centro urbano, no por simple afán de “poblar el desierto” sino por concretas razones de seguridad. Se procura concentrar la masa obrera en zonas donde su control sea fácil, temiendo su poder de reacción.

La vivienda, elemento poderoso para ayudar a la integración en un medio extraño, estaba entonces, pues, al alcance del obrero. Y es

a propósito de ella cuando el supuesto prejuicio racial contra el cabecita negra va a mostrar su fondo de resentimiento social. Para dicho prejuicio, los “negros” tienen algo así como su vivienda natural en la casilla de la villa miseria. “El que nació grasa, va a seguir siendo grasa, y grasa va a morir”, nos pontificaba hace poco un señor de la zona de Avellaneda, “y como le gusta vivir en el barro, nunca va a salir del barro y de la roña”. Esa concepción fatalista provenía, en el caso de nuestro interlocutor, de la diaria y medrosa contemplación de las villas al dirigirse en su auto hacia su domicilio. Ni sospechaba la gran movilidad de sus habitantes; para él eran los mismos desde la década del 50, una suerte de especie zoológica condenada por el instinto a vivir en esos nidos deleznable. Cuando la acción oficial del peronismo quiebra el prejuicio al otorgar viviendas permanentes a esa gente, se hace necesario inventar una leyenda que refirme la antigua creencia y, al mismo tiempo, marque la inutilidad de una política. Nace así un fenómeno al que ya nos referimos en otro lugar: la leyenda negra de los monobloques.

Como todo prejuicio, puede tener bases reales. Y decimos “puede”, porque personalmente sólo oímos mencionar un caso que lo confirma, frente a centenares que los desmienten. Se sostiene que los ex-villeros trasladados a departamentos construidos por el Gobierno peronista usaron el parquet de los pisos para encender fuego y preparar asado, las bañeras llenas de tierra para sembrar plantas y otras variantes de mal uso por el estilo.

Esa especie interesada tiene, sin embargo, patente de verdad científica. Hace muy poco un altísimo funcionario nacional, en discurso público pronunciado en provincias, reivindicaba el papel de la cultura como valor al que es necesario promover en el seno del pueblo. Para ejemplificar su necesidad, recordó

esos tiempos en que, con afán materialista, sólo se tuvo en cuenta lo económico, provocando incidentes que todos recordamos, como el levantamiento de los pisos para encen-

der fuego. Para que no vuelva a ocurrir jamás algo semejante, estamos dispuestos a promover un desarrollo cultural paralelo al económico, y tan importante como este.

Que una autoridad dedicada a la Cultura con mayúscula, es decir al mundo del teatro, el cine o las letras tome la imagen para adornar su oratoria no es tan grave, y podemos disculpar su ignorancia, pero cuando los que se supone manejan técnicas sociales, elaboran y dirigen planes de vivienda las aceptan, la cosa es más seria. Los que padecen hoy las llamadas “viviendas transitorias” del último plan de erradicación de villas vigentes, estarían allí, en teoría, a raíz del cuento de los monobloques. Constituiría una suerte de etapa intermedia, educativa, durante la cual las asistentes sociales vigilarían cuidadosamente que no se cometan barbaridades y les irían enseñando a usar una casa. La ventaja, en este caso, es que resulta imposible encender fuego con los ladrillos del piso, y que la no existencia de bañeras –pues la ducha está colocada encima del inodoro a la turca– impide a la gente ejercer en ellas la jardinería.

Nuestra comprobación directa en 1953, en un monobloque de las Barrancas de Belgrano, en Buenos Aires, nos enfrentó a los mismos incidentes que es probable se repitan en todo núcleo inicial de viviendas sociales: gritos y corridas en los pasillos y escaleras, algunas peleas entre vecinos, fiestas ruidosas que se prolongaban más de lo conveniente por la noche, etc. Como las viviendas reunían a obreros que antes habitaban las villas y a empleados de clase media –algo que ahora ni se concibe–, esto produjo algunas fricciones. Pero pronto la misma convivencia, el control social ejercido en conjunto, fue generando la armonía que aún reina.

Lo importante, de todos modos, no es la anécdota, sino la intención perseguida al difundir la leyenda. Esta no cambia, aun cuando se compruebe su realidad parcial en uno u otro caso. La primera etapa del infundio sostenía: “Viven así porque quieren”, son felices en el barro y la roña, lo prefieren. Cuando acceden a otro tipo

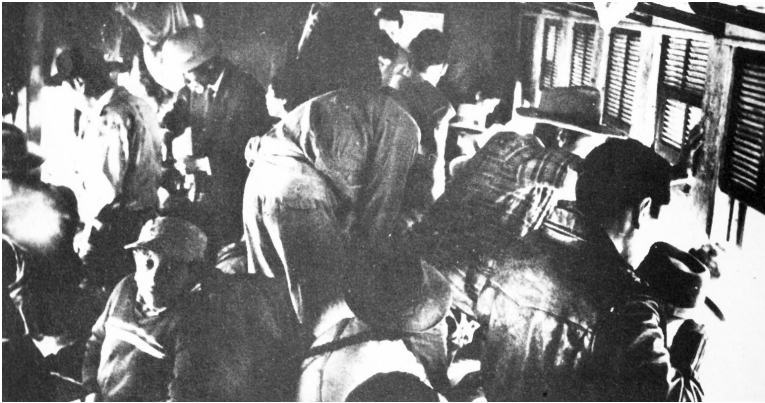
*Un tipo humano distinto,  
de raíz americana,  
se incorpora a la ciudad.*



Fotos: Alfredo Moffat



1.



2.



3.

1. Con una cultura propia...
2. ...abandona su tierra en busca de trabajo.
3. La estación, Puerta de la esperanza.





1.



2.



3.

1, 2 y 3) La villa, alguna vez destino transitorio...



1.

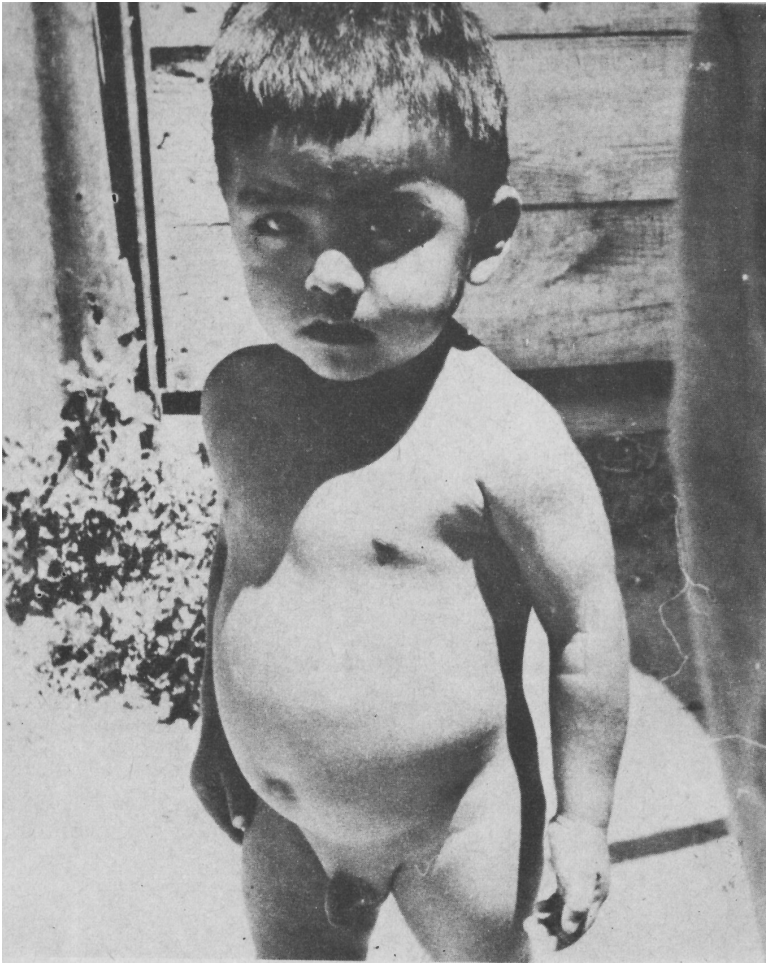


2.



3.

1, 2 y 3)... que hoy amenaza convertirse en definitivo.



1.



2.

1 y 2) Dificil medio para crecer







3.

1, 2 y 3) Una constante: el peligro.  
(1. Revista Así.)





1.



2.

1, 2 y 3) Lo bautizan "cabecita negra".  
Escribe su gesta: el peronismo.



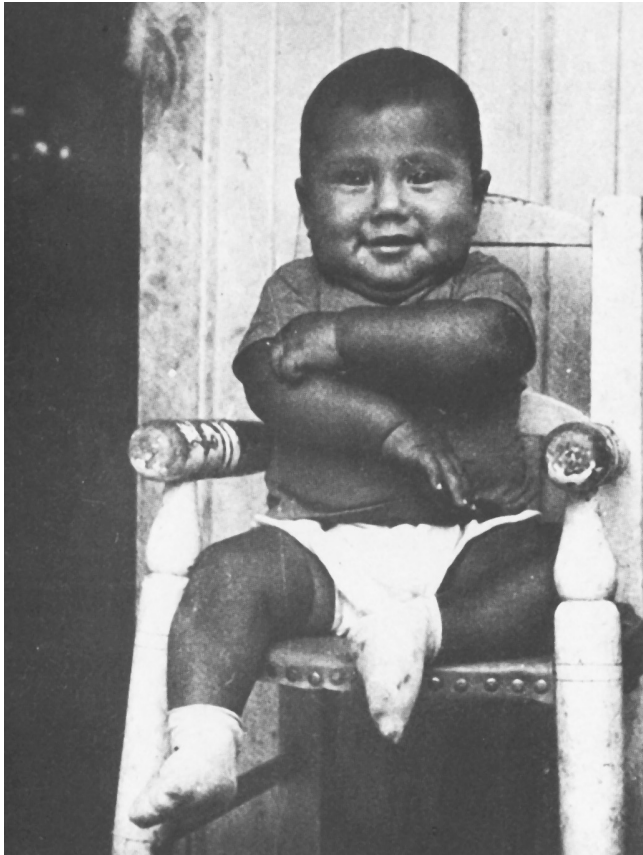
3.



1.



2.

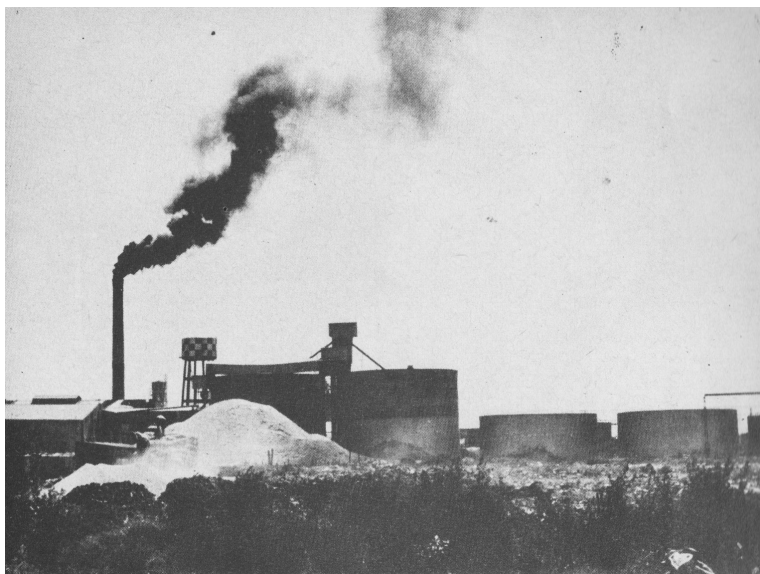


3.

- 1) Ayer, factor de poder, consumidor que moviliza comercios e industrias.
- 2 y 3) Hoy, marginado.







2.

1) Sin rendirse...  
(Revista Así.)

2) ... aprendiendo y enseñando, desde las fábricas.  
Un viejo combate.

1) El conventillo también lo conoce.

2) Dos mil años de América  
recluidos en un asilo.



1.



2.





1.



2.

1 y 2) El nuevo obrero  
construye ciudades...

3) ... para otros.



3.



1.



2.

1 y 2) Una literatura inquietante...  
(Cubierta de un número de la revista *Así*.  
Algunos titulares de la misma revista)

...para una vida peligrosa.





de vivienda, mostrando un nivel de aspiraciones que el prejuicio les negaba, sobreviene la segunda “verdad revelada”: “no vale la pena darles algo bueno, no saben usarlo”. Se pretendía demostrar que, por una suerte de determinismo biológico, el hombre del interior, el cabecita negra, tenía que ser relegado a la miseria, su lugar natural en la escala social.

Esa filosofía discriminatoria que minusvalora la potencialidad de cambio del migrante interno persiste hoy en proyectos oficiales. Siempre se postula una etapa de reeducación y, además, se plantea construir para ellos barrios separados. Nunca mezclarlos con el resto de la población, con otras clases sociales. Algo semejante a lo que practica el Gobierno sudafricano, cuya propaganda muestra nuevos barrios para negros por él levantados, como muestra de su elevado espíritu social. ¡Si hasta permite que esa gente viva en casas de verdad!

Debemos agregar, además, que nuestro Gobierno actual ha prohibido las migraciones, y supone que sus planes sólo han de beneficiar a los que ya están acá, expulsando lisa y llanamente a los que vengan de aquí en más.

Otro terreno en que el cabecita fue logrando una integración paulatina al medio urbano es el del trabajo. Ya vimos un editorial periodístico que, luego de quejarse porque las conquistas sociales encarecían la mano de obra, señala “el menor rendimiento del esfuerzo de los obreros”. Esta opinión se repetía bastante. Aunque el mismo diario señala las causas: reducción de la jornada de trabajo, vacaciones, feriados, aguinaldos, etc., en el fondo había una gran desconfianza hacia la capacidad productiva de este nuevo obrero con olor a campo.

Es vieja. Ya Alberdi, en sus *Bases*, entusiasmado con la ocupación norteamericana de California, que según él aseguraba un progreso que los mexicanos no podían alcanzar, afirmaba:

Es un error infelicísimo el creer que la instrucción primaria o universal sean lo que pueda dar a nuestro pueblo la

aptitud del progreso material y de las prácticas de la libertad.

En Chile y en el Paraguay saben leer todos los hombres del pueblo, y sin embargo son incultos y selváticos al lado de un obrero inglés o francés que muchas veces no conoce la o. (Alberdi, 1852, p. 96)

Y en otra parte:

Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna y confortablemente. (Ibíd.)

Su anglofilia es constante: “La libertad es una máquina que, como el vapor, requiere para su manejo maquinistas ingleses de origen. Sin la cooperación de esa raza es imposible aclimatar la libertad y el progreso material en ninguna parte” (Ibíd.). Sinceramente el constitucionalista tucumano pensaba que el argentino no podía producir otra cosa que, en el mejor de los casos, “abogados que sepan escribir libros”, como él. Y en la propia América tenía un ejemplo que lo desmentía: el Paraguay, país cuya lucha en la Guerra de la Triple Alianza acabaría, ya viejo y arrepentido de sus ideas juveniles, por defender. En el plano mundial, la despreciada raza amarilla le daría otro mentís con la transformación económica del Japón, realizada sin ayuda externa y a fuerza de instrucción.

No, Alberdi nunca hubiera supuesto que nuestros cabecitas negras manejarían locomotoras. Tampoco lo suponía la burguesía de la época peronista. Y cuando los vieron, dieron por sentado que lo harían mal. No era la producción lo que había descendido, sino la explotación. Un aumento de la primera debía basarse en mejoras técnicas, no en horas de trabajo.

Vivo todavía el recuerdo de la época de oro del capitalismo, cuando los patrones podían imponer a su antojo las normas laborales, el inexplicable vuelco de la situación en favor del obrero dolía. Pero la protesta se teñía de racismo: “estos negros no saben trabajar. Mucho reclamar derechos, pero no producen”.

Producían, sin embargo, y mucho. Lo demostrarían más adelante los capitales extranjeros al instalarse en nuestro país: uno de los motivos era la mayor productividad del obrero argentino respecto, por ejemplo, del norteamericano. Lo probó también la nueva generación de inmigrantes llegada al país en la posguerra al mostrar que rendían exactamente igual que el obrero argentino, pero no más. Ello provocó una desilusionada ola de protestas. Las expectativas nutridas en el concepto aquel de la superioridad europea se frustraron, tal vez para siempre.

Por las aulas de la escuela primaria pasaba, entretanto, una generación de niños morenos. Algunos, nacidos en la urbe, sin rastros de tonada, porteños. Crecían y estudiaban junto al descendiente de gringos. Pateaban la pelota en los baldíos, cabecitas negras y rubias. En ellos el prejuicio no mordería tan fuerte, no existiría aquel sentimiento de invasión que perturbaba a la generación adulta. Pasaba allí algo muy simple y necesario para destruir el falso enfrentamiento: se acostumbraban a verse. Se conocían. En sus padres, en cambio, el distanciamiento, el desconocimiento, fomentaban el estereotipo, imagen falaz con la que juzgaban y medían al nuevo habitante de su ciudad.



## Caída y repliegue

El 16 de junio de 1955, aviones de la Marina bombardean la plaza de Mayo masacrando a centenares de personas. Es el principio del fin. El golpe militar estalla en Córdoba, y el 16 de septiembre la suerte del Gobierno peronista está echada.

La CGT solicita en vano armas para defender al Gobierno. Los obreros, los cabecitas negras entre ellos, deambulan de una a otra dependencia militar sin que se satisfagan sus demandas. Impotentes, contemplan el derrumbe.

El 23 de septiembre, una multitud colma la plaza, en lo que se llamó “la fiesta de los gorilas”. Lonardi ha llegado y ocupa los balcones de la Casa Rosada. Es una multitud diferente: no hay bombos ni se escucha “el resoplido inarmónico de la alimaña embrutecida”. Las “tribus ululantes” han cedido su lugar a señores de saco y corbata, a señoras bien vestidas, algunas con sombreros. En las solapas que en 1946 llevaban la moneda dorada del lado de la “Libertad” con la cabeza de la República, luce ahora un símbolo nuevo: una cruz en medio de una “V” de la victoria.

El barrio Norte quedó vacío. En los subtes atestados, un clima de fiesta. Se corea: “¡Aquí están, estos son, los contreras de Perón!”. En éxtasis, una señora grita: “¡Viva la cultura!”, pero el eslogan no prende. Aparecen algunos comandos civiles, jóvenes bien vestidos que practicaron en esos días lo que todavía no se conocía como guerrilla urbana. Ellos sí consiguieron armas. Las capas dominantes quitaron todo su apoyo al movimiento popular.

Hay un maridaje extraño en la plaza, símbolos de un entendimiento que no parece muy duradero. Junto a las banderas rojas socialistas y comunistas ondean (en amplia mayoría) las papales, amarillas y blancas. Hay radicales con su tricolor, con boina blanca y todo. Los portadores de las enseñas se miran desconfiados. Llegan falanges

conservadoras, con estandartes indicando su circunscripción. Pero parece que faltara algo...

Allá a lo lejos, aparece un camión. A su paso la multitud se abre, vitorea. El vehículo marcha hacia las proximidades del balcón. Nadie protesta, hay que cederte un puesto de honor. Una mujer delira cuando lo ve de cerca. “¡Obreros!” –aúlla–, “¡son obreros!”. Corre la voz entre la multitud. Hay alegría y asombro; evidentemente no se los esperaba. “¡Tenemos obreros!”, exclama boquiabierto un señor, y sonríe. Desde la caja del camión, los diez o quince hombres de mameluco forman un islote proletario en el mar de los sacos y corbatas. Los jóvenes comunistas de las banderas rojas, estudiantes, agitan sus pendones y prorrumpen en un eslogan “¡Gobierno de coalición democrática! ¡Gobierno de coalición democrática!”. No encuentra eco. Los de las banderas papales los miran furiosos. Además, la consigna es bastante difícil de corear. Lonardi lanzó su precario lema “Ni vencedores ni vencidos”. Pero la gente que lo apoya no lo toma en serio. Allí nomás comienza la destrucción meticulosa de todos los símbolos del peronismo: bustos, carteles, volantes. Se toman locales partidarios y sus muebles van a parar a la calle, donde la gente se disputa el honor de destrozarlos.

No se ven cabecitas en el centro: “¿Dónde están?”, fanfarronea alguien. Un par de policías provincianos da vueltas en una esquina. La fuerza está desconcertada, no se sabe muy bien quién la dirige, hay acefalia e indecisión en los hombres. Dejan hacer. Un individuo, borracho, se acerca y los insulta: “¡Negros hijos de ...! ¡Se fue! ¡Gestapo!”. No le responden, se alejan.

En noviembre un nuevo golpe de Estado sustituye a Lonardi por el binomio Aramburu-Rojas. La represión va a comenzar mucho más en serio. Se disuelve el gigantesco Partido Peronista y, por supuesto, también el Comunista, legal durante el peronismo. El revanchismo llega a absurdos: es delito tener retratos o bustos del “presidente depuesto” o “el tirano prófugo”. Estas expresiones, que cierta prensa usa todavía, rempazan al nombre de Perón, que no puede decirse ni es-

cribirse. Otro tanto ocurre con Eva Perón, Evita, peronismo, peronista, etc. El decreto veta también a los símbolos partidarios. *La Razón de mi Vida*, de Eva Perón, pasa a ser un libro subversivo.

Se crean comisiones investigadoras que proceden a depurar la administración pública de elementos peronistas. En algunos casos, las integran burócratas de la anterior administración, que fueron durante ella oficialistas ardientes.

Sin apoyo desde el poder, el cabecita negra llora sus pérdidas. Silencio en los barrios obreros, donde nadie saca los retratos del líder y de su esposa de las paredes. “Nos quitaban todo lo nuestro”, nos contaba un chaqueño, “cuando se llevaron el busto de Evita, mi madre lloraba y nosotros también ¡Era feo ver ese pedestal vacío!”

Pero no sólo sentimentalmente el golpe hiere al emigrado o al criollo en general. El nuevo Gobierno inicia el viraje hacia carriles socioeconómicos distintos. Liquida empresas nacionalizadas e inaugura el reinado de la libre empresa, El plan Prebisch nos pone en la órbita del Fondo Monetario Internacional y de la dependencia, en particular, de los Estados Unidos.

La situación del campo no mejora, por el contrario, la desocupación cunde. El campesino recurre al viejo remedio, el que antes daba resultado: la migración. Siguen llegando cabecitas negras a Buenos Aires, pero ahora su destino casi final es la villa. Una villa sin salidas hacia el monobloque, hacia el barrio de viviendas obreras. Las “soluciones” que se le ofrecen se encuentran en manos privadas: el terreno en cuotas, alejadísimo de los lugares donde puede conseguir trabajo; la prefabricada también en cuotas, un negocio donde la estafa es la regla. No hay agua ni luz eléctrica, la bomba y el farol de querosene deben sustituirlas. Los que se deciden, construyen y se instalan como pueden en el terreno, formando villas de propiedad privada. Los demás, se arriesgan al albur del barrio precario.

Ocurre algo significativo: el mote de “cabecita negra” pierde popularidad, y acaba por desaparecer. Como si al dejar el obrero de tener peso en las esferas del poder, hubiese perdido su funcionalidad.

Ya no hace falta insultarlo, señalarle su inferioridad, indicarle que no tiene derecho (por su color) a ocupar determinado lugar social. Ahora ya las cosas están en su sitio. Como los bustos de sus líderes, ha sido derribado del pedestal. La piqueta de demolición, por azar, echará abajo también los locales donde antes buscaba expansión, y en lugar de “La Enramada” se alzarán sucursales bancarias.

El prejuicio racial pasa a subsistir sólo en estado latente. El cabecita, aparte, está en retirada. No se lo ve por el centro, recuperado para la “gente bien”. Tal vez porque le molesten los teatros que presentan revistas antiperonistas, la profusión de publicaciones que recogen los chistes prohibidos durante la década. Tal vez porque el salario empieza a no alcanzar y los precios se han elevado demasiado. Se ha hecho difícil conseguir empleo, y uno solo no basta.

Desde el caballo de bronce, Garibaldi ve un público distinto hollando el césped de su Plaza Italia. El chamamé ya no se oye en los parlantes de Palermo. Para encontrarlo hay que ir a Avellaneda, isla Maciel, Dock Sud, Lugano, Soldati, el bajo de Flores. Allí, bastante peor vestidas, se trenzan las parejas en locales no mucho mejores que la villa miseria que les sirve de entorno.

Se han ido del centro. ¡Qué alivio!, habrán exclamado las damas de beneficencia, cuya benemérita sociedad ha sido reabierta. Ya no son tan tribus ululantes, tan aluvión zoológico. Son, simplemente, pobres. Y pobres es lo que necesita una sociedad de beneficencia para poder ejercer dignamente su deporte favorito. Pobres para organizarles té-canastas, desfiles de modelos, colectas. Por suerte ahora se pueden crear Ligas de Lucha contra todo, ya que los hospitales dejan tanto que desear, y pasear las alcancías por la calle Santa Fe, por Florida, por todos los territorios liberados de la chusma insolente.

Ocurre con ellos lo mismo que sucedió con los negros antes y después de la caída de Rosas. Deja de vérselos como un peligro y se asume hacia ellos una actitud de condescendencia.

El pueblo los llama “negros”, pero “negro” no es un insulto en la Argentina. Es un apelativo cariñoso, que no hiere. Un sobrenom-

bre que todo morocho ha recibido, más o menos permanentemente cuando se ignora su nombre, sin ofenderse. Claro que hay matices, y según cómo se lo pronuncie servirá también como comienzo de pelea.

Los sociólogos –una profesión recién aparecida en el país– les dicen “poblaciones marginales”, y los estudian. Sus métodos eludan la cuestión política. Son, se dice, objetivos y científicos. Ignoran que están aplicando sus encuestas en medio de un ejército en repliegue, y llegan a él como si todo empezara con la misma encuesta. Responden a una consigna en boga en la época, y que asumen sinceramente los antiperonistas que no están de acuerdo con el régimen triunfante y sí con el pueblo oprimido: empezar de nuevo, olvidar el pasado. Lograr viejos anhelos que, según ellos, el peronismo hacia imposibles, como la unidad obrero-estudiantil. Liquidado ya el aparato demagógico fascista, burgués, es el momento –se dicen– de iniciar un movimiento revolucionario “de veras”. Una sola cosa es indispensable olvidar.

Pero el cabecita no olvida. No todos ellos están en las villas, hace muchos años que trabajan en fábricas, manejan ómnibus y trenes, escriben a máquina en oficinas, son militares, policías, periodistas, comerciantes. Un sector importante, sin duda mayoritario, es obrero y peronista. Estuvo en la cúspide, contó con apoyo desde arriba, y ahora está en el llano, sin medios, pero no solo. Tiene mucho que hacer. Actúa en los sindicatos proscritos, organiza paros sin el poderoso aparato que los afirmaba ayer. Es reprimido y conoce la cárcel, la tortura, el fusilamiento; se juega en la gesta silenciada de la resistencia peronista. Tozudamente y a pesar de todo, no olvida. Construye algo nuevo.

Aquel señor que en la plaza de Mayo, saludando a la Revolución Libertadora se preguntaba: “¿Dónde están los negros ahora?”, tuvo rápida respuesta. Estuvieron donde debían cada vez que la clase obrera argentina peleó sus luchas, que son las del país.

Pero no es sólo de ellos el mérito. El cabecita negra no es racista, ni nosotros tampoco. Es un obrero cuya irrupción en el panorama

laboral colorea con sentido nacional el largo camino de un combate que se libra en todo el mundo. Trae consigo una experiencia nacida en tiempos de las encomiendas, arraigada en los obrajes y los ingenios, peleada ya en las montoneras. Ninguna trampa ha conseguido atraparlo, ningún canto de sirena lo desvió de su ruta.

## Descubrimiento de la villa

Aparte de las fábricas y otros sectores de la sociedad, el cabecita negra, pues, queda confinado en la villa. Ahí es donde ahora la presencia masiva del hombre del interior es más visible. Un poco lo margina y un poco se auto margina, consciente de que ya los gobiernos no tienen nada que ver con él. El movimiento que nutrió e impulsó está proscrito, y es necesario aprender el silencio. No sabemos si en rigor de verdad es lícito llamarlo aún “cabecita negra”. El mote, como se explicó, ya no lo designa. Esa manera de ser que lo hizo visible, que escandalizó a la gran ciudad, ya no puede ejercerse. Ahora es “negro de villa” o, simplemente, “villero”. Su aporte a la cultura urbana está menguado por el retroceso. Las posibilidades de contacto con la ciudad también disminuyen, se circunscriben casi con exclusividad a la esfera laboral. Se ha conseguido el propósito de distanciarlo, y entonces el estereotipo reemplaza al individuo real, acentuando el prejuicio, aunque ahora no se lo grite.

No son ya los luchadores del 17 de octubre, pues hace poco que están en la ciudad. Eran chicos en el 45. Apenas si los rozó aquella época de prosperidad de la que hablan los viejos, que se va transformando en un mito. Vivían en el interior entonces, un interior cada vez más hostil del que han huido. Su entrada al medio urbano es dura, cuesta arriba.

Sin embargo, existe continuidad. Demográficamente provienen de los mismos lugares. Laboralmente han dejado el campo o el pequeño poblado y sus tareas rurales o semirurales para intentar el ejercicio de una ocupación urbana. Políticamente, a pesar del bombardeo en contra desde los medios de comunicación masiva, son peronistas.

Sociológicamente, en suma, es la misma gente; pero no es la misma su posición respecto al poder, sus posibilidades reales de llevar adelante sus proyectos de vida o de expresar con libertad lo que

sienten. En la época de Perón fueron visibles como cabecitas negras. Ahora lo serán como villeros.

¿De dónde proviene el súbito interés por las villas? Recordemos el momento. Roto el control peronista sobre los medios de difusión, se inicia el ejercicio jubiloso de la “libertad de prensa”. Se trata de “volver a la democracia”, de “desperonizar”. Todos los trapitos del gobierno popular son sacados al sol: desde su predicada inmoralidad, hasta negociados y traiciones. La vida privada del elenco depuesto es disecada con cuidado minucioso. De paso, se comienza a dar marcha atrás en el proceso de nacionalización iniciado por el peronismo, se pretenden cercenar las conquistas obreras. Algo, sin embargo, parecería intocable en el período que acaba de concluir: los trabajadores vivían mejor, su nivel de vida había llegado a topes jamás conocidos antes.

Entonces se descubren las villas. Las villas, sí, algo que al parecer no existía antes de Perón, que se formó y creció en el peronismo. Una suerte de prueba objetiva de que el peronismo generó miseria. En los diarios aparecen series de notas dedicadas a ellas. Se las bautiza “villas miseria”.

De ahí en más se convertirán en favoritas de sociólogos y damas de beneficencia. Sus habitantes son víctimas de la dictadura, se piensa, al igual que los intelectuales de izquierda, los estudiantes, las señoras ocupadas en hacer el bien. Tienen que sentirse víctimas. A ellos no les falta sólo la libertad de expresión: les falta vivienda, ropa, pan. Tienen que entender el engaño.

Pero los villeros entienden otra cosa. Entienden que lo malo no es lo que se dejó atrás, que lo malo recién empieza. Ven subir el costo de la vida, ven cómo se intervienen los sindicatos. Presienten la violencia que se descargará sobre el pueblo en los fusilamientos de Valle y Corgorno, en el Plan Conintes aplicado más tarde, ya bajo el “Gobierno constitucional”. Las informaciones sobre la situación general del país les llegan no por los diarios, sino por el testimonio elocuente de los que van llegando a la villa: los eternos correntinos y santiagueños, los



chaqueños y misioneros de pelo de chala, rubios cabecitas negras, los hacheros del empobrecido Norte santafesino. Nunca vinieron tantos. Cada cual cuenta su historia, que es siempre la misma. La conciencia política del pueblo se genera así en la transmisión oral, directa, no en las campañas digitadas por diarios o revistas. Y esa conciencia todavía no encuentra motivos para cambiar.

Los políticos quieren hincar el diente en esa jugosa masa electoral. Antes de cada elección inician torpes campañas para conseguir adeptos, en la mejor tradición de la politiquería de comité. No tienen éxito. El cabecita negra sigue, inexplicablemente para ellos, aferrado al pasado. Siempre vota según las directivas peronistas.

## Regionalismo y nacionalismo cabecita

Entretanto, en el interior de la villa nuestro hombre pone de manifiesto algo que es inherente al sentido nacional argentino: el regionalismo. Se refleja con claridad en la música, que canta a Santiago, a Salta o a Corrientes, pero muy pocas veces a la Argentina total. Y se refleja también en las rivalidades villeras entre los nativos de diversas provincias.

El cabecita negra también maneja estereotipos, virtudes y defectos que el folklore de sus pagos asigna a los extraños. El santiagueño pasa por perezoso, el tucumano por ladrón, el correntino por taimado, el cordobés por falluto. Múltiples chistes, cuyo mecanismo de humor suele permanecer hermético para el porteño, recogen tales pujas. A veces la rivalidad puede pasar al enfrentamiento, algo que la vida villera va limando poco a poco y que no persiste en la segunda generación.

La unión sobreviene, en cambio, ante otro tipo de “cabecita negra”, el inmigrante latinoamericano. Entonces todos los provincianos se convierten en “criollos”, gentilicio que señala a los locales, y florece un nacionalismo exclusivista.

El extranjero padece algunas desventajas para desenvolverse en el medio urbano. Aunque no es muy diferente al argentino que habita las provincias limítrofes de sus países (de hecho constituyen una sola región cultural, pese a las fronteras), conserva más íntegra su herencia indígena. Intocado por la prédica europeísta, se enorgullece de su lengua y sus costumbres.

Nos comentaba un correntino: “Yo hablo guaraní. Pero nosotros hablamos despacito, no queremos que nos escuchen. En cambio, ¿viste los paraguayos cuando andan en colectivo? ¡Hablan a los gritos guaraní corrido! Todo el mundo los mira”. Luego comprobarnos que el idioma indígena es, en Corrientes, considerado lengua de las

clases bajas, que muchas veces fingen no conocerlo por presumir de personas cultas. El paraguayo lo vive como lengua madre, de la que se enorgullece, y la usa con naturalidad. El correntino raramente se la enseña a sus hijos, y la usará con ellos sólo por necesidad.

Bolivianos y jujeños presentan diferencias parecidas. En Jujuy ya no se habla quichua, idioma que en rigor sólo sigue vigente en Santiago del Estero, adonde fuera introducido como “lengua general” por los misioneros que llegaban del Perú. Somática y culturalmente, las semejanzas entre la gente de Bolivia y la de Jujuy son muchas. De hecho, la población criolla de la provincia (que casi no se puede llamar indígena) proviene toda del Altiplano. Derrotados los primitivos habitantes de la quebrada por los españoles, dejan la vida como trabajadores en las minas altoperuanas, y son reemplazados por quechuas y aymarás venidos desde el Norte.

De la lengua de los incas sólo nos quedan jirones: palabras sueltas, versos litúrgicos dedicados a divinidades católicas, que se cantan sin entender su significado. El boliviano la trae, a veces, como único idioma. Debe circular por la ciudad con un lenguaraz bilingüe para que lo interprete.

La entrada de este elemento humano a la Argentina es perfectamente justificable y responde a las necesidades de mano de obra en las zonas de cultivos industriales, de las que los nativos han emigrado. En la última cosecha de algodón en el Chaco cundió el pánico entre los agricultores porque no había quién la levantase. Desesperados, clamaron al Gobierno para que arbitrara la entrada urgente de braceros paraguayos. Su inquietud tuvo cabida en las columnas de un diario porteño, que sugería, además, se mejorara el pago a esos trabajadores, se los incluyera en los beneficios sociales y se asegurara su regreso a casa concluida la labor. Es decir: se les paga menos que al argentino, se los explota a punto tal que ya no quieren venir. Eso sí, una vez usados, hay que exigirles que se vayan, que “no nos exporten sus problemas”.

El boliviano penetra por La Quiaca, Yacuiba, Pocitos. Es un elemento indispensable y barato para el cañaveral azucarero o el tabacal norteño. Viajero incansable, el golondrina cochabambino con su mujer, sus hijos y un mundo de cosas en multitud de atados, incursiona más lejos. Vendimia uvas en Mendoza y San Juan, recoge y encajona manzanas en Río Negro o el valle del Chubut, recalca como minero o petrolero en Comodoro Rivadavia. Allá en el Sur compite con la mano de obra mayoritaria que mueve la economía patagónica: el chileno.

En realidad no nos exportan, nos resuelven un problema. Al menos se los resuelven a quienes los traen y los aprovechan. Si no tienen los papeles en orden, mejor; son más baratos. Pero la mentalidad mercantilista no tiene en cuenta el problema humano. Usa a la gente sin importarle lo que le suceda después. Allá, en ingenios o algodonales, comienza un enfrentamiento artificial entre trabajadores del que éstos no tienen culpa. El inmigrante es vivido como un competidor desleal, dispuesto a aceptar cualquier condición de trabajo, no integrado a ninguna organización sindical, ignorante de la tradición de lucha con que cuentan los obreros argentinos. Además –agrega la burguesía sedicente blanca– ¡indios!, ¡cabecitas negras!

Si bien la misma necesidad ha empujado a todos hacia la villa: miseria en el campo y búsqueda de oportunidades en la ciudad, la predica prende. Bolivianos y paraguayos forman lo que podríamos llamar el nuevo cabecita negra. La discriminación lo va a tocar ya en el barrio precario, donde se encerrará en una comunidad compacta, aferrada a sus tradiciones buscando sola una salida. Lo seguirá por la ciudad, a los ojos de cuyos habitantes provoca tanta extrañeza como el migrante rural argentino en las décadas del 40 y 50.

Germán Rozenmacher expresó que el propio discriminado trata de descargar esa necesidad de descarga en alguien, en el pensamiento del personaje de uno de sus cuentos, un joven, hijo de comerciantes de Tartagal (Salta) y estudiante en Buenos Aires:

Y además, quería esa sensación extraña de meterse de vez en cuando, para dar una vuelta, en Pocitos boliviano, otro mundo, de gente oscura, incomprensible, muda y amable, unas cuantas calles estrechas con casas de adobe que alguna vez fueron blancas o rosadas o amarillas descascarándose de vejez y techos de paja a dos aguas y un potrero para jugar al fútbol y carteles en los paredones de cal sobre la revolución. Y meterse ahí era como sentir una estúpida sensación de superioridad y decir pobres tipos estos bolivianos, qué resentidos deben estar por serlo y en cambio nosotros, y sentir algo parecido a lo que seguramente sentían los ingenieros norteamericanos que en esos momentos su padre y los demás estaban agasajando. Meterse en Yacuiba, cuarenta minutos adentro de Bolivia y charlar con algún viejo borracho que todavía divagaba sobre la guerra con los paraguayos y comprar un corte de nylon y ver a las cholas descalzas con blusas de nylon era casi regocijante, era casi un desquite frente a las miserias de este país tan absurdo que era el de uno y entonces decía, estos bolivianos, pobrecitos, qué atrasados y en cambio nosotros, el primer país del sur, raza blanca, y todo eso y al final el mismo resentimiento que descubriría en ellos era el suyo en Buenos Aires cuando todos creían que se lo podían llevar por delante porque era de tierra adentro mientras que, después de todo, en Tartagal era un señor y él se llevaba todo por delante, aunque a sus espaldas lo tomaran en joda pero no importaba, eso lo hacían con todos, lo importante era que nadie se le reía en la cara, como él de Pelito, y tenía todo el prestigio y la lejanía de ser medio porteño (1971, p. 67).

Ese mecanismo, incorrecto pero humanamente entendible, es utilizado con toda intención para dividir a la población de las villas y para enfrentar a los integrantes de la clase obrera en general. Ayer los invasores eran los cabecitas negras. Hoy son bolivianos paraguayos y chilenos.

La mayor visibilidad del nuevo inmigrante ha hecho crecer un prejuicio que la clase media en particular cree a pie juntillas: las villas son un núcleo de población extranjera. Se lo oímos decir a un jubilado, quejándose del aumento de los alquileres:

Imagínese, yo, un hombre que trabajó 36 años y tengo una jubilación miserable, tengo que pagar una barbaridad por mi casa. ¡Y soy un hombre que ha trabajado! –repitió–. En cambio, todos esos que andan por ahí, que son extranjeros, que ni papeles tienen, se instalan donde se les ocurre y encima el Gobierno tiene que buscarles casa.

Nuestro hombre no conocía obviamente, ni la realidad de los planes de erradicación, ni la condición de trabajadores de los habitantes de las villas, ni que sólo el 5 % de ellos proviene de países limítrofes. Muchas veces esa verdad estadística se nos ha discutido “¡Pero mira que donde yo te digo hay cualquier cantidad de bolivianos!”. Las trenzas largas, la pollera fruncida y acampanada, son mucho más visibles que el atuendo perfectamente urbano de la mayoría de nuestros compatriotas villeros, que se confunden con el horizonte de la ciudad. Paradójicamente, a veces el prejuicio de color alimenta la discriminación que comentamos, dentro de la misma villa. La preferencia por la gente blanca, mejor si es rubia, es un elemento ideológico con mucha carga afectiva que rige en todas las clases sociales. En la villa se manifiesta con los hijos rubios dentro de las familias: son los “lindos”, los que tienen las mejores ropas, los que andan siempre lavaditos y peinados. Gente acostumbrada a que se les enrostre como un defecto su condición de “negros”, se siente feliz de desmentir a sus detractores mostrándoles la prueba de que en su línea genética también se incluye la “raza superior”, y por *contrario sensu* desprecian a aquellos que tienen al indio (la odiada “pluma”) un poco más a flor de piel. Es la

vieja ideología de las clases hegemónicas viviente en aquellos contra los que fue creada.

No siempre es así. Aunque ignoramos la extensión que alcanza cierto sentimiento de orgullo por la sangre aborigen que comprobarnos en una familia chaqueña, es interesante anotarlo como muestra de que el pueblo puede resistirse al racismo. La mujer, morena y esbelta, declaró sin ambages “Yo soy india. En realidad, todos los argentinos tenemos algo de indio”. Observé que el hijo de gringos por los dos lados no lo era, y repuso: “No. Yo digo los argentinos”. Su marido nos contó también que su abuelo era guaycurú “mi abuela quién sabe qué sería”. Con toda probabilidad, por sus rasgos, negra.

Por ahora, tal actitud aparece como excepcional. En las bromas, en los diálogos entre amigos se chacotea con lo de “negro”, y aun con lo de “cabecita negra”, pero este último epíteto pronunciado por alguien externo al grupo sigue cargado de matices peyorativos y no se soporta.

Así como se superó la rivalidad entre provincias, es posible que el tiempo elimine la rivalidad con los inmigrantes latinoamericanos. El trabajo y la lucha en común, la concurrencia a la escuela de los niños de ambos orígenes, el conocimiento mutuo, en suma, terminarán con el prejuicio. En el seno del pueblo por supuesto. Hay ciertos grupos para los cuales no hay esperanza. Por desgracia, llegan a gobernarnos.

## Otra vez racismo

Ya vimos asomar al racismo en los momentos iniciales del país constituido, como resultado del trasplante a nuestra patria de las doctrinas vigentes en los países centrales. Son las que legitimaban la etapa imperialista del capitalismo europeo, y nuestros próceres las asumieron con entusiasmo. No se reconocían racistas, sin embargo (Sarmiento lo niega con énfasis), porque no hacían distinciones entre europeos, aunque tuvieran preferencias, como las de Alberdi por los ingleses. Eso sí, negros e indios eran razas inferiores, eso ni se discutía. De ahí que el “todos los hombres” de nuestro preámbulo se refiera a “todos los europeos” y “del mundo” quisiera decir “del continente europeo u otro donde hubiera europeos”.

Este postulado político permanece en la ideología dominante, y se vuelca en el artículo 25 de la Constitución:

El Gobierno federal fomentará la inmigración **europea** (el resaltado es nuestro); y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes.

Para que no quede duda de que se presume en el europeo una cualidad superior, desde su cátedra de Derecho Internacional Público el profesor doctor José María Ruda agrega, para consumo de sus alumnos: “Por consiguiente, de los propios términos del artículo 25, se desprende que la inmigración que se busca atraer y arraigar es la inmigración sana, de alma y de cuerpo y útil para el país” (Herrero, 1970, p. 67). Japoneses, africanos o latinoamericanos son enfer-



mos congénitos, físicos y mentales, además de inútiles para el país, para la ilustrada cátedra.

Tenemos noticias de que tal pro-europeísmo fue esgrimido judicialmente frente al reclamo de un abogado que defendía a un inmigrante latinoamericano. El letrado citó el preámbulo, pero el tribunal le recordó el artículo 25: las libertades allí enumeradas protegen sólo a los europeos.

En otro trabajo creemos haber demostrado que esos sanos propósitos de limpiar nuestras sangres incluyen una segunda premisa: la eliminación lisa y llana de nuestra población autóctona (Ratier, 1971, p. 99).

El ominoso dedo discriminatorio señaló siempre al criollo, en particular cuando se erige en factor de poder y protagonista de nuestra historia reciente. Cuando se lo bautiza “cabecita negra”.

Desalojado del primer plano, sigue significando un problema. Su consecuente adhesión al peronismo frustra todas las posibles “salidas honorables”, es decir, salidas sin pueblo. Resiste, no se rinde. Con la acción o con el voto echa a perder los mejores planes. Entonces sobreviene un golpe de Estado de características únicas en la historia nacional: el del 28 de junio de 1966. En su etapa mesiánica, un hombre al parecer ungido de poderes divinos se establece sin ambages como Presidente de la República. Nada de provisional, de tacto u otros eufemismos. Presidente, y para rato. En las provincias, gobernadores, no interventores. No dicta decretos-leyes para ser refrendados por hipotéticos Congresos posteriores. Supremo Legislador, de él emanan auténticas, eternas leyes. Esta vez, parece, el país se arregla.

El *Plan político y objetivos de la Revolución Argentina*, documento liminar que resume la filosofía y los propósitos del nuevo Gobierno, deja traslucir que éste comparte la fe en la panacea europeísta, cuando afirma en su artículo 3º que propenderá a “Vigorizar las habituales relaciones con la Madre Patria y con las restantes naciones europeas que han nutrido su (de la Argentina) cultura cristiana occidental” (*La Nación*, 14/7/66).

Poco después, el país conoce el *Plan de Acción de Gobierno*. En el diagnóstico de nuestros males, al referirse a la población dice:

g) Distribución e Integración distorsionadas:

1. Por una inmigración clandestina, con aptitudes morales, intelectuales y físicas inferiores a lo aceptable y que termina por concentrarse alrededor de las grandes ciudades (villas de emergencia) (*La Nación*, 5/8/ 66, p. 4.)

La acusación de inferioridad hacia los latinoamericanos es explícita. La condición clandestina de la inmigración dará el pretexto para actuar. Si bien lo físico se coloca al final, deberá figurar al principio. En el pensamiento racista la inferioridad, precisamente, deriva de lo físico. Pero aquí interviene una característica peculiar del presidente Onganía: su énfasis constante en destacar la primacía del espíritu sobre la materia. En todos sus documentos se lee: “desarrollo *espiritual* y económico del país”, “formación *espiritual* y técnica de los profesionales”, “mejoramiento *espiritual* y físico del deportista”. Ese espiritualismo formal es el que lo lleva a invertir los términos y arrancar con la inferioridad *espiritual* de los inmigrantes.

De rebote, el infundio comprende a la población argentina, al llamado “cabecita negra”. Su cuota de vieja sangre americana es semejante a la de su hermano de Bolivia y Paraguay. Y es esa sangre la estigmatizada, la que “distorsiona nuestra integración”. Hay que purificarla, retornar a las fuentes ultramarinas que nos harán grandes. A tal fin, el plan propone para su Área del Interior:

- e) Propender al incremento y mejoramiento del potencial humano argentino, facilitando el desarrollo de una inmigración selectiva, desde los países que han conformado la realidad actual de nuestra población *por su raza y creencias* (el subrayado es nuestro), para permitir una rápida adaptación a

nuestro medio, y propiciando la legislación correspondiente que oriente su radicación (*La Nación*, 5/8/66, p. 4).

¡Cristalino complemento de lo anterior! “Raza y creencias” serán los criterios para elegir la gente que nos va a incrementar y mejorar. Esta constituye la expresión más desembozada de racismo que figura en nuestros documentos oficiales. Sin ningún pudor, se desempolva la vieja y desprestigiada palabra.

No hay ninguna reacción periodística, lo que demuestra que la capa dominante comparte el prejuicio y pasa por alto esto que, como mínimo, implica una violación de la Carta de las Naciones Unidas. Los que se apresuran a publicar solicitadas sobre el antisemitismo en la Unión Soviética, el genocidio de Biafra o el de Bangladesh, no huelen la amenaza que se cierne sobre nuestro cabecita negra. O no les importa.

El plan se plantea: “Impedir la inmigración clandestina e iniciar una enérgica acción para erradicarla”. Así, el inmigrante latinoamericano es la primera víctima. Florece entonces un nuevo tipo de negocio: se cobran sumas exorbitantes para arreglar los papeles de bolivianos y paraguayos, especulando con la habitual impericia que la gente sencilla evidencia ante el misterio de los formularios. Al mismo tiempo, un sector del pueblo reacciona. Son muchas las asistentes sociales o empleados de reparticiones públicas que se las ingenian para regularizar la situación de los extranjeros amenazados de expulsión.

Demostrando que lo importante no es la nacionalidad sino la “raza”, el ataque se dirige después hacia las villas en general, hacia el odiado cabecita negra. Comienzan los gigantescos operativos policiales “en busca de delinquentes” que presagiarán el rigor aplicado después en el plan de erradicación de villas.

Entretanto, la política monetaria de Krieger Vasena, la “estabilidad” aumenta la miseria. Con una falta de realismo pocas veces igualada, los “resolvedores” de problemas deciden, desde sus escritorios, cambiar la economía tucumana. Los cierres de ingenios dejan en la

calle a decenas de miles de trabajadores. Nuevas frustraciones, nuevas esperanzas buscan la solución en las ciudades. Las villas crecen. El panorama chaqueño es inquietante. Siguen llegando los “negros”, los “cabecitas”.

Inundaciones en Buenos Aires brindan el pretexto: hay que erradicar las villas. Y lo primero es “congelarlas”. Se legisla para ello: las migraciones internas *quedan prohibidas*. El delirio mesiánico lo anuncia con carteles colocados en todas las villas. Frente al huracán cuyo aullido se aproxima, el Gobierno arbitra el remedio de un letreiro: “Se prohíbe que sople el viento”.

En el interior pasan cosas. Su protagonista principal es el indomable cabecita, pero también el hijo de la pampa gringa. “Una comunidad entera contra las fuerzas represivas”, sintetiza un diario reseñando el “Rosariazo”. Es una reacción en cadena la que recorre el país, cuyo origen aparente radica en un pedido de rebaja de precios en el comedor estudiantil de Corrientes. El “Cordobazo”, su expresión más formidable, obliga a cambios de rumbos, a ajustes. El absolutismo hace agua.

No, los “negros” no se han apaciguado. El cabecita no abandono el puesto ganado el 17 de Octubre. Todavía pelea.

## ¿Seguimos discriminando?

Acabamos de ver el racismo entronizado a nivel oficial, al desnudo. Pero, ¿hasta qué punto ese prejuicio penetra en el pueblo? ¿Cómo reacciona el hombre de la calle hoy, frente a los que llamaba cabecitas negras? Lamentablemente, el prejuicio persiste, cosa que es de esperar cuando se lo fomenta desde arriba. Permanece dormido, presto a surgir en el instante crítico, cuando la distancia creada se rompe y el “hombre normal” se enfrenta con el ser real, el cabecita de carne y hueso. Entonces, proyecta sobre él todo el estereotipo que su desconocimiento ha forjado.

En un barrio inaugurado recientemente, en Villa Lugano, advertimos la inquietud de mucha gente que espera, aterrada, el momento en que “vengan los negros”. Las condiciones económicas exigidas para gozar de los departamentos aseguran que tales “negros”, si vienen, no serán villeros. “Pero serán negros”, piensa la gente, “y eso basta”.

Conocimos un caso anterior en que sí eran “negros” y villeros los que se mudaron a un barrio nuevo, en el seno de otro más antiguo, habitado por familias obreras. Mostrando su poder disociador, el prejuicio consiguió enfrentar a gentes con las mismas angustias económicas en los absurdos términos de “negros” y “blancos”. Manifestaciones, autos con altavoces, hasta ocultas armas de fuego pretendieron impedir la “invasión”. Las madres preveían abundantes violaciones de sus hijas por los intrusos, los vecinos pensaban que ya no podrían dejar nada afuera, ni la ropa tendida, pues serían robados. En el más puro estilo de Alabama, un hombre preocupado por el futuro enfrentamiento, se aterraba: “¿Y si un negro mata a un blanco, qué pasa?”

El incidente terminó bien y hoy los miedos han desaparecido, pero dejó en evidencia el estereotipo: inmorales, ladrones, vagos, bo-

rrachos, son virtudes que “adornarían” al cabecita negra para ciertos sectores populares. Y eso es grave.

En el plano escolar, también existe discriminación. En primer lugar, por el auge de la escuela privada y el deterioro de la pública, que ya determina una primera separación. Nuestras escuelas, donde antes convivían democráticamente niños de diferentes estratos sociales, amenazan convertirse en escuelas para pobres o en escuelas privadas disfrazadas, por el elevado costo de mantenimiento que debe afrontar la cooperadora. Sólo los padres ricos pueden afrontarlo.

Algunas maestras o directoras ocultan su prejuicio, pero lo ejercen: en sus establecimientos no hay vacantes para chicos de villas, salvo en el turno intermedio. De tal modo, reúnen allí ese “mal elemento”, al que brindan un trato distinto, en un solo grupo. El resto del alumnado no corre peligro de “contaminarse”.

La bestia no está muerta. Lo comprobamos, inesperadamente, al preparar este trabajo. En la redacción de un diario supuestamente popular, nos atendió un señor rubio. Buscábamos fotos. En los escritorios vecinos, redactores morochos, de evidente origen provinciano, preparaban sus notas. También en los fotógrafos se advertía la pertenencia al grupo humano sobre el que escribimos. A nuestro requerimiento, el hombre rubio (jefe de la sección) nos observó: “Yo soy muy democrático, pero antes de fotografiar a un negro le pediría certificado de baño”. Y contó cómo “jorobaba” a los redactores enviándolos a las villas “para que los negros los llenen de piojos”. Eso sí, nos consideró “aristocratizantes” porque escribíamos sobre semejante tema y objetó el título: “A los negros no les gusta que les digan cabecitas. Ahora se les dice negros nomás”. No encontramos material gráfico adecuado, y el señor se disculpó por no haber contribuido con nada a este trabajo.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero sin duda el lector conoce muchos. Ojalá no sea él su protagonista. Si lo es, sea consciente de que está cayendo en una trampa. Una vieja trampa tendida a los argentinos, cuya finalidad última es hacernos perder la confianza en

nosotros mismos para que busquemos afuera la solución de todos nuestros problemas. En suma, para que *dependamos* de otros.

## Herencia cabecita

El cabecita negra cambió en Buenos Aires, sí, pero... ¿hizo cambiar en algo a la ciudad? ¿Qué nos queda de él?

Por lo pronto él mismo y su ejemplo. El mayor, tal vez, en la adversidad: cuando quedó solo, cuando se lo radió del centro, cuando comenzó a reconstruir su movimiento sin nada y demostró su poder y su vigencia. Dio contenido nuevo a algo que empezó a mirarse primero con curiosidad, luego con respeto, y que se llamó “el fenómeno peronista”.

De allí parte un interés nuevo por lo nacional. Hay que romper muchos papeles, desechar viejos esquemas, vencer repulsiones arraigadas. Preguntarse si hemos aplicado bien las herramientas teóricas al análisis de la realidad, o si estábamos transitando el camino equivocado.

La unidad obrero-estudiantil, bandera de la Reforma de 1918, se verifica de golpe y en la calle, codo a codo con el cabecita.

Ese obrero nuevo sin formación teórica, con una doctrina confusa para los análisis clásicos, adherido sentimentalmente a símbolos y mitos, enfrenta a la represión, se juega en la defensa de nuestro patrimonio, deja la vida en ello. Obliga a meditar. El movimiento se nutre así con sectores inesperados. “Hay más peronistas ahora que en tiempos de Perón”, se dice. Y menos gorilas, podríamos agregar. El cabecita tiene buena parte de culpa, ayudado por el efecto de demostración de los Gobiernos que ha combatido.

En aspectos un tanto más frívolos, ya en época de Perón abre un mercado hacia algo que pocos conocían: la música nativa, llamada “folklore”. Al esfuerzo de los pioneros como los hermanos Abalos, Andrés Chazarreta o Buenaventura Luna se agrega la aparición de nuevas figuras. Antonio Tormo y Carlos Montbrun Ocampo, tal vez, los más exitosos. En un momento en que el tango alcanzaba altos



picos de popularidad, la música provinciana convive con él gracias a la nueva masa consumidora.

Y el porteño? Un poco frío. El Gobierno pone en vigencia por entonces un decreto que obliga a emisoras y salones de baile a pasar cierto porcentaje de música nativa. La medida es resistida en ciertos círculos. En carnaval, por ejemplo, se interrumpe el frenesí de los ritmos tropicales para entrar en el “intermedio folklórico”. Fastidiadas, las parejas se dirigen a las mesas, mientras la cadencia de la zamba impacienta a los jóvenes. Sin embargo, hay quienes la bailan. Pocos, al principio; más, después. Algunos escuchan las letras, toman contacto con ritmos desconocidos. Sin querer llevan el compás. No hay el fervor que la música del pago despierta en el baile de cabecitas negras, pero hay un lento acostumbramiento. Esas composiciones que al principio parecían “todas iguales”, que se soportaban, empiezan a escucharse.

Es la apertura de ese mercado lo que arrima a Buenos Aires, en 1953, a un conjunto llamado “Los Chalchaleros”. El bum folklórico estalla ante lo novedoso de los arreglos, el ritmo tan especial de los salteños. Lo nuevo, también, es que, junto a temas tradicionales, aparecen otros cuyas letras han sido escritas por auténticos poetas.

Y los porteños aprenden algo que no sabían: a cantar. Se quiebra la solemnidad, el miedo a “pasar calor”. El canto era algo que se dejaba para los profesionales. El solista de tango aficionado debía tener una voz excepcional para animarse a afrontar la crítica de los amigos. Tal vez por eso en las cantinas grandes carteles advertían: “Prohibido cantar”.

Ahora son muchos los que se les animan a los versos de “Lloraré” o “Domingo i' chaya”. Muchos, también, los que empuñan la guitarra, un olvidado vicio argentino.

Eduardo Falú o “Los Fronterizos” son hito también de la conquista de la ciudad por la vieja música. Representan expresiones más sofisticadas, más acomodadas al gusto urbano de este género, que desde entonces jamás perderá por completo su vigencia.

Tal vez las expresiones citadas se aparten del gusto más simple del hombre del interior, que sigue fiel a lo tradicional. Los conjuntos de chamamé, que a él le gustan, por ejemplo, no trascienden al círculo de quienes buscan una “renovación en el folklore”. De todas maneras, él dio la primera posibilidad a esos desarrollos posteriores, plantó la primera pica en Flandes desde la estridencia de sus altoparlantes palermitanos.

Ya en la época de retroceso del cabecita, un migrante interno alcanza el sitial de la popularidad en lo que se designa como “nueva ola” o, más imprecisamente, “música moderna”: Ramón *Palito* Ortega. Compositor lineal de melodías pegadizas, sus letras eluden todo compromiso con la realidad. Su Tucumán natal es un jardín maravilloso donde todos son felices, incluyendo a los “changuitos cañeros”, que marchan sonrientes hacia el surco. La vida tiene siempre su lado bueno, y los que lo niegan son unos amargados. Ese conformismo fue la mejor garantía de éxito de Palito, muchacho provinciano paradigmático, cuya carrera muchos quieren repetir. Las guitarras de los gauchos ensayan hoy música *beat*. Anastasio Quiroga, indio asombroso, es un migrante de la primera hora, con toda la sabiduría de la quebrada intacta. Fabricante de instrumentos, mantiene perenne su apego a lo tradicional, lo auténtico. Tan auténtico que no se difunde como debiera.

Son muchos. Como aquel Tarquino, lustrabotas, que en su cajón profesional guardaba la quena que tocaba para quien se lo pidiera. Fueron domesticando la desconfianza porteña, enseñando su idioma nuevo y viejísimo, quebrando la muralla del prejuicio. Enseñaron de todo, desde música a política.

Están visibles, sí. Pasean ante las vidrieras coloridas y baratas de la avenida Sáenz, en Pompeya. Tienen la culpa de buena parte del contenido de los quioscos de Retiro: Gardel vestido de gaucho, Perón a caballo, la vida apasionante de Sandro. Con ellos llegó a la ciudad un refrescante aire latinoamericano que lo impregna todo. También las librerías del centro. Que no se disipe nunca.

## Referencias Bibliográficas

- Alberdi, Juan B. (1852). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, W.M. Jackson Inc.
- Gorostegui de Torres, Haydée. (1970, mayo). El virreinato del Río de la Plata; El espacio y el hombre. *Polémica*, año I, N°1.
- Hernández Arregui, Juan José. (1970). *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*. Buenos Aires, Hachea.
- Herrero, Julián A. (1970). *Derecho Internacional Público*. Buenos Aires.
- Imbelloni, J. y otros. (1959). *Folklore Argentino*. Buenos Aires, Nova.
- Puiggrós, Rodolfo. (1943). *De la colonia a la revolución*. Buenos Aires, Lautaro, 2da ed.
- Ramos Mejía, José María. (1907). *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires, Lajouane.
- Ratier, Hugo E. (1971). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Colección “La historia popular”, N° 60.
- Rodríguez Molas, Ricardo (1970, mayo). El negro en el Río de la Plata. *Polémica*, año I, N°2, Buenos Aires.
- Rozenmacher, Germán N. (1971). Raíces en *Cuentos Completos*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- S/A. (1946, 13 de agosto). Barrios en lugar de pantanos. *Qué sucedió en 7 días*, año I, N°2, Buenos Aires.
- Sarmiento, Domingo F. (1961) *Facundo. Civilización y Barbarie*. Buenos Aires, EUDEBA.
- V. Menéndez, Eduardo Luis (1968, agosto). Colonialismo y racismo: introducción al análisis de las teorías racistas en Antropología. Índice; Revista de Ciencias Sociales, año 1, N°3, Buenos Aires.



En este libro se expresa una única experiencia que emerge de varios procesos. Uno es la práctica de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires, iniciada en 1957 en la vida urbana de la Isla Maciel en la boca del Riachuelo. Otro es el de la historia de esos años: auge de la lucha popular y juvenil, la proscripción del peronismo, las confrontaciones libradas en toda América Latina.

La investigación de Ratier había intentado seguir el hilo de las migraciones que unían a Corrientes con la Isla Maciel, haciendo lo que después se llamará etnografía multisituada. El quiebre de 1966 impidió la etnografía correntina pero hizo posible una escritura no académica. Aquí se cifra lo peculiar de este trabajo. Como también en una doble empatía: la de Alfredo Moffatt con los textos de este volumen y la de Ratier con las fotos de este innovador y tenaz psicólogo.

Por eso estos textos, que por fin se reeditan aquí, se convirtieron en un clásico. Cuya vigencia también es la de la persistente y renovada actualidad del prejuicio racista en la Argentina.

Ricardo Abduca

**Lic. Hugo E. Ratier** (1934-2021), antropólogo oriundo de La Pampa.

Fue el fundador de la carrera de Antropología en la UNICEN, además de ejercer como profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la sede Olavarría de dicha institución. Se desempeñó como profesor consulto en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y ocupó el cargo de director del departamento de antropología de dicha universidad entre 1973 y 1974. Asimismo, ocupó los cargos de profesor y director de grado y posgrado en la Universidad Federal de Paraíba, Brasil, entre 1977 y 1985. En 1984 concluyó sus estudios de doctorado en Río de Janeiro.

Desde 1987 hasta 2012 intervino como director del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría.

Entre numerosos artículos, libros y ponencias en congresos nacionales e internacionales, se encuentran sus obras más reconocidas: *Villeros y Villas Miseria* (1971), *El Cabecita Negra* (1972), *Poblados Bonaerenses, Vida y Milagros* (2004) y *Antropología rural argentina: etnografías y ensayos* (2018).